Los Contemporáneos Núm. 723



AGAPITO SE DIVIERTE

Vodevil en tres actos, original de HANS STURM

ADAPTADO AL ESPAÑOL POR]

ANTONIO FERNÁNDEZ LEPINA

20 Cts.

Los Contemporáneos

AÑO XIV.—NÚM 723
30 NOVIEMBRE 1922

DIRECTOR: AUGUSTO MARTÍNEZ OLMEDILLA

AGAPITO SE DIVIERTE

ACTO PRIMERO

Elegante salón que sirve de despacho en casa de Agapito Pérez. Una puerta en la derecha, que da acceso al recibimiento de la casa, y otra en la izquierda, que comunica con el interior. Al foro, balcones, mirador o gran ventanal. Muebles lujosos y a capricho del director.
La acción comienza en las primeras horas de las mañana.

(AGAPITO PÉREZ *aparece cómodamente sentado en una butaca tomando el desayuno a la par que echa un vistazo a la Prensa de la mañana. Agapito es un hombre vulgar. Tiene muy cerca de los cincuenta años y es feo, positivamente feo, sin ninguna distinción ni elegancia, aunque tampoco hace falta que sea ordinario. Empieza a quedarse calvo. Usa lentes para leer y su figura no tiene nada de gallarda. Por el contrario, anda desgarbado, tiene las piernas poco derechas y es cargado de espaldas. Agapito saborea con deleite el desayuno.* PEPA, *doncella muy peripuesta, se presenta por la derecha.*)

PEPA.—Señorito...

AGAP.—¿Qué hay?

PEPA.—Don Federico, su cuñado de usted, pregunta si puede verle.

AGAP.—¿El señorito Federico en domingo y tan de mañana? Sí que es raro. Dile que pase y llévate esto, que ya he terminado. Deja el agua.

PEPA.—Pase usted, señorito Federico. (*Se acerca a la puerta, da paso a* FEDERICO *y después se lleva por la izquierda el servicio del desayuno.*)

FEDER. (*Entra rápidamente*).—Hola. Buenos días, Agapito. (*Federico, en gran contraste con su cuñado, es un hombre joven guapo, elegante, distinguido. Su temperamento es vehemente y sus ademanes son desenvueltos. Es simpático y habla persuasivamente.*)

AGAP.—Hola, hombre. ¿Sabes que me sorprendes? Tú que los días de trabajo llegas tarde a todos sitios, hoy que es domingo y que debe hacer un frío que pela...

FEDER.—Eso te dará idea de la importancia de lo que tengo que decirte. (*Cierra las puertas después de mirar hacia el exterior.*)

AGAP.—Siéntate y habla, que me intrigas.

FEDER.—No puedo sentarme. Estoy demasiado nervioso. Permíteme algún ejercicio.

AGAP.—Lo que quieras con tal de que me dejes a mí sentarme. (*Se arrellana en la butaca. Federico habla paseándose por la habitación.*)

FEDER.—Tú sabes que yo soy un marido normal.

AGAP.—¿Qué entiendes tú por normal?

FEDER.—Hombre, soy un marido que quiere entrañablemente a su mujer, pero por atavismo de raza, no olvides que descendemos de los árabes, o por condición de la humanidad, propicia a la poligamia, no le puedo ser fiel por más que me lo propongo.

AGAP.—¡Ah! ¿Y a eso le llamas tú ser un marido normal?

FEDER.—Sí, Agapito, sí. La estadística lo prueba. De cada cien hombres casados, sólo una minoría insignificante y casi siempre por causa justificada, es fiel a sus esposas. La enorme desproporción entre los fieles e infieles prueba que nosotros somos la normalidad.

AGAP.—Más bien prueba que hay muy poca vergüenza. Pero, bueno, no te excites y haz el favor de decirme por qué se te ha ocurrido venir a comunicarme ese descubrimiento tan de mañana.

FEDER.—Verás... Es que... He vuelto a enamorarme otra vez.

AGAP.—¿Otra vez? Pero, hombre, ¿cuándo tendrás juicio?

FEDER.—Te aseguro que entre ella y yo no ha habido nada pecaminoso.

AGAP.—¡Como tú eres tan romántico!...

FEDER.—En dos meses no he conseguido más que conversación, promesas...

AGAP.—¿Dos meses?... Hombre, empiezas a volverte constante.

FEDER.—Y eso que la he puesto una casa como a una princesa.

AGAP.—¡Ah! ¿También pones casas con

lo agudizado que está el problema de la vivienda?... Bueno. Y todo eso vienes a contármelo a las nueve de la mañana, violando el sagrado descanso dominical.

FEDER. — Ten paciencia. ¿Supongo que tienes tiempo?

AGAP.—¡Digo! La mañana es larga. Sólo tengo que dar cuerda a los relojes, como todos los domingos, y seguir pintando...

FEDER.—¿Cómo? ¿Te ha dado ahora por el arte?

AGAP.—Seguir pintando de esmalte el armario del cuarto de baño. Ya sabes que me gusta dedicar el domingo a estas minucias domésticas. María se enfada mucho, pero yo disfruto... Pero, bueno. Sigue con tu historia.

FEDER.—Pues, que por mi mala estrella mi mujer se ha...

AGAP.—¿Se ha enterado y te ha cogido? (*Con evidente satisfacción.*) Inconvenientes de ser un marido normal. En cambio, los anormales vivimos tan tranquilos... (*Se estira muy satisfecho.*)

FEDER.—¡Tengo más mala pata!... Alguien ha llegado a descubrir que un yerno del rico industrial señor Villaverde ha puesto un piso a una señora en la calle de Ayala.

AGAP.—¿Y quién ha sido ese alguien?

FEDER.—Asómbrate. ¡María! Tu mujer.

AGAP. (*Riendo.*)—¿Ves? Siempre fanfarroneando delante de ella de tu suerte con las mujeres y poniéndome a mí en ridículo de paso...

FEDER.—Tu mujer está rabiosa.

AGAP. (*Con regocijo.*)—¡Claro! Ella no puede tolerar a los maridos infieles. En ese punto es severísima.

FEDER.—El caso es que está rabiosa en contra de ti.

AGAP.—¿Cómo en contra mía? ¿Por qué? (*Riendo.*) ¿Qué tengo yo que ver con tus aventuras galantes?

FEDER.—Es que... Es que el piso para esa señorita... Le he alquilado con tu nombre.

AGAP. (*Levantándose de un salto.*) — ¿Eh?... ¿Qué es lo que has hecho?

FEDER.—Vamos, Agapito, ¿qué mal hay en ello? Tenía tu cédula para la firma de las escrituras de los solares del Pacífico... Tú no necesitabas enterarte...

AGAP.—¡Qué gracia, hombre!... Bueno. ¡Pues aquí acaba esto y que no se repita!

FEDER.—Escucha, hombre, escucha. Cuando Ana, mi mujer, se enteró de lo del piso, fué personalmente a ver al propietario, y al saber por éste que el inquilino eras tú, supuso que se me había calumniado. Ahora supone que eres tú el que está en relaciones con la individua en cuestión.

AGAP.—¿Y te parece que está bonito eso? Supongo que inmediatamente habrás deshecho ese error de tu mujer?

FEDER.—¡Cá!

AGAP.—¡Ah! ¿No?

FEDER.—Eso ya no tiene importancia.

AGAP.—¡Me gusta la frescura!...

FEDER.—No tiene importancia, porque mi mujer ya ha enterado de todo a la tuya.

AGAP.—¿Qué dices?

FEDER.—Hombre, si está bien claro. El que tiene relaciones con la señorita de la calle de Ayala eres tú. ¿Aún no te has enterado?

AGAP.—Pero, ¿como? ¿Mi mujer también cree que yo?...

FEDER. (*Riendo.*)—¡Naturalmente!

AGAP.—¿Y desde cuándo sospecha María semejante cosa de mí?

FEDER.—Desde esta mañana.

AGAP.—¿Desde esta mañana? Pero si apenas hace media hora que se ha levantado... Voy corriendo a decirle...

FEDER. (*Deteniéndole.*)—No te molestes. No está.

AGAP.—¿Que no está? ¿Que ha salido sin decirme nada?

FEDER.—Sí. Mi mujer la ha llevado a casa de la señorita de la calle de Ayala para convencerla de tu infidelidad.

AGAP.—¡Qué monada! ¿Y tú has dejado a Ana que me calumnie tan tranquilamente, que vaya a ponerme en ridículo a mí, a mí! A un marido modelo. Ejemplar...

FEDER.—Consideré que era lo que más me convenía.

AGAP.—¿Y ahora estarán nuestras mujeres en casa de esa individua?...

FEDER.—Con toda seguridad.

AGAP.—Entonces pronto me tocará a mí reírme de ti, pues allí se pondrá en claro que el pagano eres tú y no yo. Tú tan vivo no habías pensado... (*Ríe.*)

FEDER.—¡Qué tonto eres! ¿No te he dicho que mi amiga cree que eres tú, tú el que tiene el amorío con ella?

AGAP.—¿Es que esa mujer es ciega o que yo soy un idiota?

FEDER.—Más bien lo segundo. Te levantas muy torpe de inteligencia. Para mi amiga yo soy también Agapito Pérez.

AGAP. (*Levantándose de un brinco.*)—¿El qué? ¿Hasta delante de ella te has hecho pasar por mí?

FEDER.—Me pareció lo más prudente. Ya ves como he acertado.

AGAP. (*Desconcertado.*) — ¡Ah! ¿Sí?... Entonces... claro... Al ir mi mujer allí se afirmará en la creencia... Para ella soy el que ha puesto el piso, el que está enredado con esa individua... Estará diciendo que soy un tío...

FEDER.—Te repito que yo he puesto el piso, pero que no he pasado de un flirt...

AGAP.—Entonces dirá que soy un primo...

FEDER.—Yo, con la nobleza a que me obliga nuestro parentesco, nuestra amistad, nuestra colaboración en los negocios, he venido a prevenirte... Probablemente tu mujer llegará dentro de un poco acompañada de Ana...

AGAP. (*Con ironía, dándole la mano.*)—Gracias, chico. Es una nobleza propia de un caballero de la Tabla redonda. Pero, ¿por qué se te ha ocurrido usar mi nombre para tus calaveradas habiendo tantos en el mundo? Un nombre como el mío que es hasta ridículo. Agapito Pérez. Nombre de sainete. de juguete cómico. Nombre que hasta a María le parecía mal cuando nos conocimos... Vamos, dime...

FEDER.—Era natural que cogiera tu nombre. Aparte del detalle de la cédula...

AGAP.—Que es una falsedad punible. Adelante...

FEDER.—No se me ocurrió. La cosa vino rodada. He escogido tu nombre por ser fácil para el equívoco. Cualquiera podía conocerme de vista. Usando tu nombre, como los dos somos directores de la fábrica de chocolates y productos alimenticios: "La abastecedora universal". yernos del acaudalado industrial señor Villaverde...

AGAP.—¿Y para qué te hacía falta tomar un nombre falso?

FEDER. (*Ingenuamente.*)—Siempre hay que tener ciertos miramientos, que guardar consideraciones...

FEDER.—¿Puede haber mayor descaro?... ¿Y yo? ¿Es que un Pérez no merece la misma consideración que un Gallardo? No, hijo, no. Yo no cargo con tus calaveradas. En cuanto vengan, aclararemos la situación.

FEDER.—Eso no lo harás tú.

AGA.—¿Es que puedes dudarlo?

FEDER.—Agapito, tú, no puedes abandonarme en una situación así...

AGAP. (*Rechazándole.*)—No te molestes.

FEDER.—Ya sabes que mi mujer me ha sorprendido tres veces. Si me coge en la cuarta se acabó. Lo sé. Me lo ha jurado. Toma una determinación radical. La conozco... y como la quiero con toda mi alma...

AGAP.—Lo que no quita para que te vayas de aventuras.

FEDER.—Eso no tiene que ver nada con el amor.

AGAP.—¿No? ¡Qué gracioso!

FEDER.—Tú que eres un infeliz no puedes comprenderme por más que te diga... Escucha. Tú siempre has sido fiel a tu mujer y esta única falta te la perdonará fácilmente. Te hablo por experiencia. La primera infidelidad es una especie de acicate, de renovación de la luna de miel... Es, ¿cómo te diría yo? Un aperitivo...

AGAP.—Nosotros gozamos de muy buen apetito.

FEDER.—Créeme. En el fondo tu mujer sentirá cierto despecho al ver que en cuatro años nadie le ha disputado tu cariño...,

AGAP.—No insistas. Es inútil.

FEDER.—Bien. Si mi mujer pide la separación, si como me ha amenazado me aplica la pena de Talión, tú y sólo tú serás responsable de que me pegue un tiro. No tengo otra salida.

AGAP.—Que no, que no.

FEDER.—Siento tener que recordarte que tu felicidad me la debes a mí. Bien sabes que María no te hacía caso. Se reía de ti. Decía que eras viejo para ella. Que eras muy feo... Y yo, sin embargo, a fuerza de insistir un día y otro día diciendo que tus cualidades morales superaban a las físicas, que tu entrada en la casa era la solución para acabar la competencia ruinosa que nos hacía la que dirigías...

AGAP.—No me parece esta ocasión de que me eches en cara...

FEDER.—Me obligas a ello con tu insistencia.

AGAP.—No. Yo digo la verdad apenas lleguen.

FEDER.—Bien, pues, ¡ea! Dila. Yo también diré que no eres mujeriego, pero que, en cambio, te juegas las pestañas.

AGAP.—¡Eso no es verdad!

FEDER.—¿Cómo que no? ¿Quién tuvo el año pasado que tapar, antes de que entregaran la liquidación de beneficios, un descubierto de quince mil pesetas?

AGAP.—Pero no me las jugué por vicio. Es que se me había ocurrido una martingala infalible para el treinta y cuarenta...

FEDER.—¡Infalible!

AGAP.—Sí, señor. El que se perdieran las quince mil pesetas no prueba nada en contra. ¿Es que me vas a negar que sé matemáticas?

FEDER.—No te niego nada; pero insisto en pedirte por la felicidad que me debes, por nuestra amistad, por mi vida...

AGAP.—Verdaderamente me das lástima.

FEDER. (*Tomando alientos.*)—Total, es cuestión de unos días. Después volverás ante los ojos de tu mujer como el casto José. María te querrá aún más que antes...

AGAP.—¿Y por qué sólo es cuestión de unos días?

FEDER.—Porque el mes que viene abriremos la sucursal de Barcelona. Papá me entregará a mí la dirección como me ha prometido...

AGAP.—Todos los pillos tenéis suerte... Hay que ver, yo matándome a trabajar, dando a la fábrica un impulso que jamás ha tenido, y cuando llega este momio de la sucursal de Barcelona, donde vas a tener una comisión doble y la mitad del trabajo que aquí...

FEDER.—Vamos, no tengas ahora envidia. Es que tú haces más falta en Madrid...

AGAP.—Envidia, no. Pero es una injusticia. Tendré que trabajar doble.

FEDER.—¿Accedes o no? Si te niegas entregaré a papá esta carta en que me confesabas el fracaso de la martingala. (*Se la enseña.*)

AGAP.—Pero...

FEDER.—¿Me lo prometes o no?

AGAP.—Abusas de tu situación... Me obligas...

FEDER.—¿Me lo prometes? Mira que les doy la carta...

AGAP.—Pero sólo por unos días...

FEDER.—Me parece que ya están ahí.

AGAP.—¡Ahora sí que va a ser ella!

FEDER.—No olvides tu promesa. Agapito. Has de aceptar sumiso tu papel de culpable.

AGAP.—Tú me ayudarás. Soy un principiante.

(*Entran* ANA *y* MARÍA *por la izquierda. Trajes de calle y los sombreros puestos. Las dos son mujeres jóvenes. No llegan a los treinta años. Visten con elegancia.*)

MARÍA (*Muy enojada.*)—Mírale, Ana... Mira cómo me le encuentro. Con su eterna máscara de infeliz... tan tranquilo... ¡Hipócrita! ¡Ay!... Voy a ahogarme... (*Vase corriendo.*)

ANA.—Escucha, María... (*Vase tras ella.*)

AGAP.—¿No oyes? ¡Va a ahogarse! (*Medio mutis.*) Voy a confesárselo todo, antes de que haga un disparate...

FEDER. (*Deteniéndole.*)—¡No seas necio! Dice que le van a ahogar las lágrimas.

AGAP.—Es que he dejado lleno el baño...

FEDER.—No seas tonto. Estate tranquilo. Piensa en lo que me has prometido. No hay cuidado ya. Cuando una mujer después de haber hecho un descubrimiento de esta índole regresa a casa, no hay gran cosa que temer.

AGAP.—Es que...

FEDER.—Recuerda lo que me has prometido... No olvides esta carta...

(*Vuelven* ANA *y* MARÍA *sin sombreros. Se dirigen hacia el foro y dando la espalda a sus maridos miran hacia la calle.*)

AGAP.—Mi querida María...

MARÍA (*Retirándose de él.*)—No me dirija usted la palabra.

AGAP. (*Bajo a Federico.*)—¡Me habla de usted!

MARÍA.—¡Eres un adúltero!

FEDER. (*Bajo.*)—¿Ves? Ya te tutea.

AGAP. (*Muy humilde.*)—Quisiera que hablásemos a solas.

FEDER. (*Aparte, alarmado.*)—¿Qué quieres decirle?

MARÍA (*Reteniendo a Ana que se dispone a retirarse.*)—Ana, tú te quedas aquí. Hazme el favor.

FEDER.—Sí. Es mejor que nos quedemos.

MARÍA.—No quiero quedarme sola con semejante caballero. ¡Sabe Dios si sería capaz de levantarme la mano!...

AGAP.—Pero, ¡monina mía!...

MARÍA.—¡Monina!... ¿Ves qué refinamiento, Ana? Emplea un adjetivo al dirigirse a mí. por si acaso equivoca los nombres... ¡Déjame!... Estoy aquí esperando a mi mamá.

AGAP.—(¡Señor mío Jesucristo!)

FEDER. (*Al mismo tiempo.*)—(¡Nos hemos caído!)

MARÍA.—Nos ha acompañado en nuestra visita a su casa de usted número dos. Ahora está telefoneando a papá. Es preciso que venga.

AGAP.—(¡Ha llamado al padre!)

FEDER.—(Esto se complica.)

MARÍA.—Pronto le dejaré a usted libre. En cuanto recoja mis cosas le dejaré a usted vacía la casa para que pueda traer a ella a su Susana.

AGAP. (*Sorprendido.*)—¿A qué Susana?

FEDER. (*Rápidamente en voz baja.*)—Calla. Es el nombre de la otra.

MARÍA.—¿No oyes? Pregunta que a qué Susana. ¡Puede que tenga varias! Me refiero a Susana Torres, la de la calle de Ayala. (*Cayendo en los brazos de Ana.*) ¡Ay, hermana mía! (*Llora.*)

ANA.—¿No te da pena, Agapito?... ¡Qué vergüenza! Esto no lo hubiese yo esperado nunca de ti... ¿Qué te parece, Federico?

FEDER.—Yo nada tengo que ver... No debemos mezclarnos en asuntos ajenos... Tu madre viene.

MARÍA.—¡Ay, mamá!...

AGAP.—(¡Dios nos coja confesados!)

EMILIA.—¡Hola, hijas!

MARÍA.—¡Mamá! (*Se echa en brazos de su madre.*)

EMILIA. (*Es una señora muy severa, muy estirada. De buen ver aún; elegante. De ningún modo la eterna suegra de sainete.*)—Calma. María. calma. Tu padre ha dicho que vendrá en seguida. Buenos días, Federico. (*Finge no ver a Agapito.*)

FEDER.—Buenos días, mamaíta. Está usted hoy muy guapa. Y muy elegante. (*En voz baja al besarla la mano.*) No se excite usted demasiado. Ya sabe que le sienta mal. Se le estropea el cutis...

EMILIA.—Estoy completamente tranquila, querido yerno. Demasiado sabes que me he acostumbrado a estas cosas.

FEDER.—(¡Eso va por mí!)

EMILIA.—Respecto a ese caballero, nada tengo que hablar con él. Se lo dejo a papá.

FEDER. (*Aparte a Agapito.*)—¡Qué suerte tienes!

EMILIA.—Anda, hija mía. Toma tus cosas y abandonemos esta casa de escándalo.

AGAP.—Pero, mamá...

EMILIA.—¡Cállese usted!

AGAP (*Resuelto.*)—Mi mujer no sale de aquí.

EMILIA.—Ahora mismo. En cuanto venga su padre. ¿Voy a dejar yo a este ángel en manos de un libertino? ¿Aún tiene usted valor para hablar? ¡Quién iba a pensar que teníamos a un Landrú en la familia!

AGAP.—¿Landrú? ¿Soy un criminal? ¿He matado a alguien?

FEDER.—Mamá lo dice porque las matabas callando.

AGAP.—¿Bromitas?... ¡Pues, ea! Yo nada tengo que ver con esa individua.

EMILIA.—¿Cómo que no tiene usted nada que ver? ¿No la ha puesto usted un piso lujosísimo? ¿No está usted en relaciones con ella desde hace dos meses?

AGAP.—No.

EMILIA.—¡Y hasta ha pagado un año adelantado que le ha exigido el casero!

MARÍA.—¿Y a mí que me negaba una pianola!

EMILIA.—¿Te negaba una pianola?

FEDER.—No se excite usted, mamá. Es natural que niegue. No va a tener el descaro de confesarlo. Vamos, vamos. No hay que ser demasiado severos. ¿Qué marido no da una vez un salto a un lado? No hay que olvidar que la naturaleza ha hecho al hombre polígamo.

EMILIA.—¿Qué es eso de poligamía? ¿Y nosotras las mujeres?

FEDER.—Mamá, la Historia Natural es una prueba palpable. Mire, usted, por ejemplo, el gallo.

EMILIA (*Indignada.*)—¡Inaudito!

ANA.—¡Increíble!

FEDER.—No hay para que indignarse. Cito un ejemplo de la fauna. El gallo tiene a veces diez gallinas

EMILIA.—¡Pero tú no eres ningún gallo!

ANA.—Te tasas demasiado alto.

FEDER.—Pero, amor mío... (*Las señoras arrollan a Fedcrico con sus palabras.*)

ANA.—Es muy significativo el que seas tú el que tome aquí el papel de defensor.

EMILIA.—Es que tienes razones para ello.

MARÍA.—Como que ha sido el que dado el mal ejemplo.

AGAP. (*Fuera de sí.*)—Esa opinión es también la mía. (*Las señoras pasan a abrumar a Agapito.*)

EMILIA.—Es que también tú alegas el ejemplo del gallo?

MARÍA.—Desplumado, tal vez.

AGAP.—¡Bueno, yo no aguanto esto más!

FEDER. (*En voz baja.*)—No escuches. Piensa en otra cosa. Hazte cuenta de que va conmigo...

ANA.—Federico, habla alto. Dí tu opinión.

FEDER.— Le decía que yo no comprendo cómo se puede. teniendo una mujer joven...

AGAP. (*Levantándose de un salto*).—¿Así tomas mi defensa? Toda esta historia es una pura mentira.

FEDER. (*Bajo*).—¡Cállate, por Dios!

AGAP.—Yo no conozco a esa señora o señorita o lo que sea.

MARÍA.—¿Que no la conoces?

EMILIA.—¿Es posible?

AGAP.—No la he visto nunca. El delincuente no soy yo, si no...

ANA (*A Agapito*).—¿Qué ibas a decir? ¿Acaso que Federico?...

AGAP.—Sí, señor, Federico. Ese es.

FEDER.—(¡Vaya! ¡Estalló la bomba!)

AGAP.—Ha alquilado el piso en mi nombre y se ha presentado a esa tal Susana como si fuese yo mismo... (*Respirando profundamente aliviado.*) ¡Ya está dicho!

FEDER.—Mi queridísima Ana...

ANA.—¡Qué villanía!

EMILIA.—¡Parece increíble!

MARÍA.—¡Es el colmo! (*Agapito, satisfecho, se encoge de hombros a cada exclamación.*)

FEDER. (*Resignado*).—Espero que me oigas antes de juzgarme.

ANA (*A Agapito*).—No contento con cometer un acto tan indigno. quieres ahora...

EMILIA.—Yo no sé qué es peor. si lo que ha hecho o lo que ahora pretende hacer. ¡Culpar a un inocente!

FEDER.—(¡Ah. vamos!) (*Se retira muy alegre hacia el foro.*)

MARÍA.—Es un miserable. Ni siquiera tiene el valor de confesar...

AGAP. (*Enfurecido*).—¡Estoy diciendo la verdad! (*Las mujeres ríen con sarcasmo.*)

MARÍA.—Vamos, calla, calla.

AGAP.—¿Es que no me creéis? Díselo tú, Federico.

EMILIA.—Estoy asombrada. ¿No sabe usted que esa tal Susana lo ha confesado todo?

MARÍA.—Y el casero nos ha enseñado el contrato a su nombre y nos ha dicho lo del año que has pagado adelantado...

ANA.—Y hasta hemos visto tu retrato encima de un mueble.

AGAP. (*Muy sorprendido.*)—¿Mi retrato?... ¿También mi retrato?

FEDER.—(Digo, ¡eh! ¿si no se me ocurre esta medida de prudencia?...)

ANA.—Es indigno que hayas tratado de inculpar al pobre Federico. El, que desde hace más de dos años no ha dado motivo ni a la más leve sospecha, que hace una vida ejemplar... (*Acariciando a Federico.*) Es una villanía.

FEDER.—¡Bah!...

EMILIA (*Estrechándole la mano*).—Hay que reconocer que su nobleza es extraordinaria. ¡Qué corazón el suyo comparado con el del otro! Ni siquiera ha tratado de defenderse ante tal calumnia.

AGAP.—¡Qué ironías tiene la suerte!

ANA.—¿No oyes aún? Dile algo, hombre. Desahógate.

FEDER. (*Acercándose a Agapito con cierto temor*).—Agapito... No te pongas así. Con la autoridad que me da sobre ti el haber influído para que lograses el cariño de María... (*Bajo.*) Ten paciencia, que todo pasará. (*Alto.*) Te ruego que no te empeñes en negar. No tienes ninguna razón para ello. Yo, sí Yo tengo quince mil razones para exigirte que no faltes a tu palabra (*Le enseña la carta con disimulo.*) Las promesas hay que cumplirlas.

EMILIA.—¿Qué promesas?

FEDER.—Las sagradas promesas que ha hecho ante un altar. Ante un sacerdote. Sufre resignado. Ten el valor de acusarte...

MARÍA.—Eso, eso. Que tenga el valor de sus actos.

FEDER.—Ya oyes a tu mujer. Ella, corazón de oro, te perdonará. Volverá a depositar en ti su cariño. (*Bajo.*) Son quince días, hombre. (*Alto.*) Y sobre tu hogar brillará radiante lo mismo que tras la tempestad, un sol de paz y ventura.

ANA.—¡Muy bien Federico!

EMILIA.—¡Muy hermosas frases!

AGAP. (*Desesperado*).—¡Quién me mandaría a mí meterme en este lío!

FEDER.—Ya abomina del lío. Es el primer acto para el arrepentimiento y supone una confesión tácita. (*Bajo.*) Mira la carta.

AGAP.—(¡Es la carta de Damocles!) (*Se presenta* DON JUAN VILLAVERDE. *Es un señorón muy estirado, que se da gran importancia. Habla pausadamente, escuchándose e imponiéndose a todos su autoridad. La autoridad de sus millones. Viste de chaquet y presume.*)

MARÍA (*Acogiéndose a él llorosa.*)—¡Papá!

EMILIA.—Te esperábamos con impaciencia.

MARÍA.—Papá, sácame en seguida de esta casa. Yo quiero separarme de mi marido.

JUAN.—¡Quietos! ¡Quietos! Nada de escándalo. El dolor debe ser silencioso. Os ruego que habléis bajo en consideración a mis nervios. (*Es nervioso, sobre todo cuando hablan los demás. Si le interrumpen se irrita fácilmente. Siempre quiere hablar él solo.*) Tampoco conviene que la servidumbre se dé cuenta de los escándalos que desdoran nuestra familia.

MARÍA.—Papá, es que yo quiero...

ANA.—No hagas caso. Está muy excitada...

EMILIA.—Me vais a dejar a mí...

JUAN (*Imponiendo silencio con un gesto.*) ¡Basta!... Mis nervios... Yo os ruego que tengáis calma... Ya hay bastante escándalo en la calle, para que también le demos en casa.

FEDER.—¿Escándalo en la calle?

AGAP.—¡Ya lo sabrá todo el mundo!

EMILIA.—Pero, ¿cómo es eso?

JUAN.—Con estas continuas e impertinentes interrupciones, no lograremos entendernos. Calma. Sentémonos. Nada de nerviosi-

*

dades, (*Todos se sientan.*) ¿Puedo hablar?... Pues bien. Al recibir tu comunicación telefónica, Emilia, decidí ir directamente a casa de la señorita Susana Torres para informarme personalmente. Por eso he tardado. (*Haciendo callar a Emilia que intenta interrumpirle.*) Delante de la puerta de la casa encontré a varios vecinos que comentaban formando corrillos. Al llegar yo, como al fin y al cabo uno es una persona que goza de cierta popularidad, me conocieron y, señalándome con el dedo, decían: "¡Ahora viene el padre!"

FEDER.—Es que usted...

JUAN (*Dirigiéndole una severa mirada.*)—No he terminado aún.

FEDER.—Dispense.

JUAN.—La señorita Torres no se dignó recibirme.

EMILIA.—Inaudito.

JUAN.—Tuve que retirarme sin verla, encontrando en la calle nuevos grupos que chismorreaban. (*Federico respira aliviado.*) ¿Qué hay?

FEDER.—Nada. Es que me apesadumbraba pensar que usted descendiera a hablar...

JUAN (*Nervioso, le hace un gesto para que calle.*)—No puedo dejar de hacerte el reproche, querida esposa y lo mismo a vosotras, queridas hijas, de que habéis dado una campanada muy desagradable. Siento que no me hayáis dejado a mí arreglar la cuestión.

ANA.—Papá, ante todo necesitábamos convencernos por nuestros propios ojos...

MARÍA.—Yo, al fin y al cabo, soy su mujer...

JUAN (*Quitándoles la palabra.*) — Cuando un marido comete un adulterio, debe ir la esposa engañada a comunicárselo a su mamá. Esta se lo comunica a su vez al papá, y él, y sólo él, es quien se dirige a casa de la individua en entredicho. Esto es lo sensato. Esto es lo que hacen las familias bien organizadas. Esto es lo que hicieron mis padres y mis suegros. (*A Ana que está nerviosa.*) Ana, reprime tus nervios y escucha mis palabras de las que puedes sacar y sacarás provechosas enseñanzas. (*A Agapito.*) Y tú, estimado yerno, si deseas ocupar el alto puesto social a que estás llamado, has de cambiar de conducta. Eres un excelente hombre de negocios. Un Argos para encontrar mercados. Para producir las más exquisitas sustancias alimenticias sin casi materia prima. Pero en el terreno de las aventuras amorosas, lo mismo que en tus relaciones políticas, eres calamitoso. Debes desistir de *les affaires d'amour* tan eminentemente delicados. Tu cuñado, tan inferior a ti en los negocios, en este terreno, infelizmente, te supera.

FEDER.—Papá...

JUAN.—He dicho infelizmente y no me puedo retractar. (*A Agapito.*) Ahora, para liquidar este enojoso asunto, vete a nuestro joyero, compra una bonita alhaja a tu mujer y pídela perdón.

FEDER. (*Palmoteando.*) — ¡Bravo! ¡Muy bien!

JUAN.—Quieto. Quieto. ¿Soy acaso algún tenor?

AGAP.—Iré, papá. A pesar de ser domingo le traeré una alhaja. (*Yendo hacia María.*) Y hoy mismo te la ofreceré pidiéndote perdón, Mariquilla mía...

MARÍA (*Huyendo.*)—¡No! No puedo. Déjame... No puedo, papá...

AGAP.—¡Amor mío!...

MARÍA.—De ningún modo vuelvo a tu lado.

AGAP.—Tontuela. ¿No has oído a tu padre?... Algún día sabrás...

MARÍA.—¡Que no te acerques!

EMILIA.—¡Váyase a aquel rincón!

JUAN.—¡Por favor! ¡Nada de altercados! ¡Basta de gritos!... No os olvidéis de mis nervios... (*A Agapito.*) Ven aquí.

AGAP. (*Queriendo acercarse a su mujer.*) Escucha, Mariquilla...

MARÍA (*Gritando.*)—¡Mamá!...

JUAN (*Muy nervioso.*)—¡Qué hombre!... ¡Vete al rincón! (*Agapito se vuelve de espaldas en un rincón como un chico castigado.*) Deja a tu mujer tiempo para que se reponga. Tú, Ana, consuela a tu hermana e infúndele la transigencia que tú has tenido otras veces.

ANA.—Ven, María, ven. (*Se la lleva por la izquierda.*)

EMILIA.—¡Adúltero con esa facha!

JUAN.—Emilia. Ve a consolar a tu hija. (*Vase Emilia.*) Tenéis que dispensarla. A lo mejor asoma su genio... que es el mismo que tenía su madre.

FEDER.—Le compadecemos a usted, papá.

JUAN.—No me compadezcais. Ella sale a su madre, y sus hijas van saliendo a ella.

AGAP.—¿Puedo abandonar ya el rincón?

JUAN.—Sí, hombre, sí. Todo lo toma en serio.

AGAP.—Entonces voy a hablar con mi mujer...

JUAN.—Sería una nueva tontería. Déjala tiempo para tranquilizarse. Cuando esté más tranquila todo se arreglará. No espero que esto termine en una separación.

AGAP.—¡Eso nunca!

JUAN.—Un divorcio en nuestra familia sería un escándalo perjudicialísimo. Tengo la suerte de ser una personalidad. Milito en las derechas, soy vicepresidente de la Liga de Moralidad, creador en ella de la sección redentora de jóvenes descarriados, y comprenderéis que no concuerda vuestra conducta con las representaciones que ostento. Yo os suplico que veléis por vuestra moralidad o que, al menos, no os dejéis coger.

PEPA.—¿Se puede?... Este caballero desea hablar al señor. (*Da una tarjeta a Agapito.*)

AGAP.—Carlos Torres. No sé quién es.

JUAN.—¿No tuvimos un Torres de viajante por Andalucía?

AGAP.—Era José.

FEDER.—¡Caramba! (*Como teniendo un presentimiento.*) Ella también se llama Torres...

JUAN (*A Pepa.*)—Retírese un momento. Llamaremos. (*Vase Pepa.*)

AGAP. (*A Federico.*)—¿Tiene parientes esa mujer? ¿Acaso será el padre?

FEDER.—Eso tú, tú debes saberlo... Pero pudiera ser un hermano, un primo.

AGAP.—¡Sólo faltaba esto! Yo me voy.

JUAN.—Eso no lo harás tú. Este hombre sería capaz de promover un escándalo. La

doncella le habrá dicho que estás en casa. Yo te ayudaré a salir del aprieto. Tú, Federico, es el que puedes marcharte.

FEDER.—Eso creo yo también.

JUAN. — Llévate a las mujeres hacia la otra parte de la casa. Que no puedan oir...

FEDER.—Sí. sí. Las llevaré al jardín. (*A Agapito, bajo.*) Escucha al que sea. Con esto no te comprometes a nada.

AGAP.—Es que no sea que también me vaya a tener que dejar matar por ti...

JUAN (*Abriendo la puerta.*)—Diga a ese caballero que pase.

FEDER.—Adiós, descarriado. ¿Quién iba a pensar que Agapito se divertía? (*Vase corriendo por la izquierda.*)

JUAN. — Siéntate. Que vea tranquilidad. (*Agapito mueve nervioso una pierna.*) ¡Quieto!... Ten en cuenta mis nervios. (*La doncella deja pasar a Carlos Torres y se va, cerrando la puerta. Carlos Torres es un hombre muy severo, de aspecto militar. Pelo encrespado, bigotes en punta. Se mantiene siempre erguido y habla autoritariamente.*)

CARLOS.—Carlos Torres, servidor de ustedes...

AGAP. — Agapito Pérez... (*Pronuncia su nombre en camelo.*)

CARLOS.—No he entendido.

AGAP.—Mi padre político, el opulento industrial don Juan Villaverde...

CARLOS.—Yo deseo hablar con don Agapito Pérez, director de la fábrica de productos alimenticios "La abastecedora universal".

AGAP. (*Tímidamente.*)—Servidor...

CARLOS (*Mirando fijo y altanero.*)—¡Justo! Ahora le reconozco por el retrato que he visto en casa... Caballero. Yo soy tío de la señorita Susana Torres. y deseo hablar con usted sin testigos.

AGAP. (*Bajo, a don Juan.*)—Este me pega un tiro.

JUAN (*Idem.*)—¡Bah!... Verás como no tiene importancia. (*Alto.*) Yo me retiro. Tenga usted la bondad de tomar asiento.

CARLOS.—Gracias. (*Permanece rígido.*)

JUAN.—Servidor. (*Fijándose en un grueso bastón, con el que Carlos hace molinetes.*) ¿Me permite que ponga su bastón en la antesala?

CARLOS. — No se moleste. Tengo costumbre...

AGAP.—(¡Esto empieza bien!)

JUAN (*Bajo a Agapito.*)—Este parece venir buscando un desafío. Pero hay que evitarlo a todo trance. Si te pega, procura no darte por ofendido.

AGAP.—Pero... ¿Me voy a aguantar si me pega?

JUAN.—Te haces el distraído. (*Alto.*) En la habitación inmediata espero. (*Saluda a Carlos y hace mutis por la izquierda.*)

AGAP.—¿No quiere usted sentarse?

CARLOS.—¡No, señor!

AGAP. — (¡Qué amable es!) ¿Me permite que coloque su bastón allí sobre aquella mesita del balcón?

CARLOS.— Necesito este apoyo.

AGAP.—¿Me permite ofrecerle una copita o algo?...

CARLOS. — Déjese de tonterías. Vamos al caso que me trae aquí. (*Deja el bastón sobre el mueble. Agapito se tranquiliza. Pero inmediatamente lo vuelve a coger y Agapito se pone a la defensiva. El juego se repite varias veces durante la conversación.*) Supongo que habrá adivinado usted el objeto de esta visita. Acabo de regresar de un largo y penoso viaje. Usted se ha aprovechado de mi ausencia al encontrar a mi infeliz sobrina sola e inexperta. ¡Oh!... ¡Cuanta villanía! (*Coge el bastón.*)

AGAP.—Tranquilícese. Se lo suplico.

CARLOS.—Permítame usted terminar, caballero...

AGAP.—Hable usted...

CARLOS (*Dejando el bastón.*) — Aunque después de todo, ¿a qué continuar manchando mis labios? Creo que no tengo necesidad de acabar.

AGAP.—No. No necesita usted... Pero me va usted a permitir una sola pregunta: ¿No se equivocará usted? ¿No habrá un error de hombre o de persona?

CARLOS (*Cogiendo el bastón.*)—¿Qué quiere decir eso?

AGAP.—Calma. Un momento. Yo me llamo Agapito Pérez...

CARLOS.—Usted es el director de la fábrica de productos alimenticios "La proveedora universal", yerno del opulento industrial don Juan Villaverde, respetable persona que acaba de salir de aquí. Ya ve que estoy bien informado.

AGAP.—Muy bien. Pero es que hay otro yerno y otro director...

CARLOS (*Cogiendo el bastón.*)—¿Pretende usted burlarse de mí?

AGAP.—¡Quién piensa en tal cosa!

CARLOS.—¿Usted cree que mi sobrina no me ha dicho su nombre?

AGAP.—Pero es que su sobrina también... ¡Es para desesperarse!... Bueno. Terminemos. ¿Qué es lo que quiere usted?

CARLOS.—Usted ha hecho creer a la inocente Susana que era soltero.

AGAP.—¡Es un caso inaudito!

CARLOS.—Celebro que coincidamos en la apreciación.

AGAP.—Yo me refería a otra persona.

CARLOS.—Hoy llego yo y me entero del modo más brusco, por la presencia de su familia, que es usted casado. (*Muy exaltado.*) ¡Oh!... ¡Es usted un miserable!

AGAP. (*Huyendo.*)—Le ruego que se tranquilice.

CARLOS (*Más tranquilo deja el bastón. Agapito recobra la calma.*)—Me dará usted una satisfacción en el terreno del honor.

AGAP.—Muy bien. Aceptado.

CARLOS.—¿Sí?

AGAP.—Eso es ponerse en razón. Ahora que yo tengo que despachar unos asuntos urgentes, y hasta que abramos la sucursal de Barcelona... Cuestión de quince días.

CARLOS.—La costumbre es liquidar las cuestiones de honor en un plazo de veinticuatro horas.

AGAP.—Pues es muy mala costumbre.

CARLOS. — Caballero. Cuidado conmigo. Como ofendido tengo derecho a la elección de armas.

AGAP.—Muy bien.

CARLOS.—Y soy un tirador de pistola que

ha garado el primer premio en todos los concursos.

Agap.—¡Pues es una bella perspectiva! *(Se le pega la lengua y se sirve una copa de agua.)*

Carlos.—Yo apago una bombilla de luz eléctrica de un balazo a cincuenta metros.

Agap.—No veo lo práctico de apagarlas así, porque se rompen.

Carlos.—Y le quito a usted la copa de la mano sin apuntar. *(Saca una pistola del bolsillo.)*

Agap.—¡No! No se moleste. La dejo. *(La deja sobre la mesa.)*

Carlos *(Disparando rápiramente.)* —¡Vea! Ya está. *(La copa cae hecha pedazos al suelo. El efecto es muy fácil. Basta que al depositar Agapito la copa sobre la mesa la deje sobre un platillo, colocado de antemano sobre la mesita, y del que con un hilo tirará el apuntador. Sólo hay que procurar que la copa caiga sobre una superficie dura.)*

Agap.—¡Ay!

Juan *(Abriendo rápidamente la puerta de la izquierda.)*—¿Qué es ésto? ¿Qué ha sucédido?

Agap. *(Medio desmayado.)*—¡Que me ha matado!

Carlos.—No, señor. Sólo he roto la copa. Me he permitido demostrar al señor Pérez mi excelente puntería.

Agap.—¡Me rompe la cristalería a balazos! *(Recoge los vidrios.)* Yo no me puedo batir con un profesional de la pistola.

Juan.—Calma. Calma. No olviden mis nervios.

Agap.—¿Pues y los míos?

Carlos.—Teniendo en cuenta el trance en que se halla, me permito aconsejarle un buen seguro de vida...

Juan.—Caballero, no puedo permitir bromas...

Carlos.—No es ninguna broma. Debe pensar en su viuda. Se le presenta ocasión de realizar un bonito negocio...

Juan.—Le repito que no es ocasión de frivolidades...

Carlos.—No se trata de ninguna frivolidad, sino de algo muy serio. *(Saca una gran cartera, y de ella diversos prospectos y papeles de varios colores y tamaños. Al mismo tiempo, como por ensalmo, se transforma en un hombre amable, cortés.* Me voy a permitir someter a usted las condiciones excepcionales que ofrece la Compañía de Boston "Memento mori", de la que soy en España representante general. *(Extiende los papeles.)*

Juan *(Asombrado.)*—¿Cómo?

Agap. *(Idem.)*—¿Eh?

Carlos *(Como un charlatán. Muy amable y persuasivo, con tono de voz y actitud completamente distintos.)*—Esta Sociedad, fundada en 970, dispone de un capital de cincuenta millones de dólares. Sus afiliados pasan de ochocientos mil sólo en los Estados Unidos. Esta Compañía le ofrecerá a usted ventajas que ninguna competidora puede ofrecer. Para usted, que se arriesga en conquistas amorosas, sin pensar que sus seducidas pueden tener un padre, un tío, un hermano, que vengue su deshonor, para usted, repito, el seguro de vida es cosa necesaria. Es la noble compensación a la esposa ofendida. Vea nuestras tablas estadísticas y proporcionales...

Juan *(Que ha escuchado asombrado, intentando inútilmente hacerle callar.)*—¡Es un ágente de seguros!

Carlos.—Representante general en España de esta Compañía.

Agap.—¡Muy bonita martingala!

Carlos.—Nada de martingala, señor mío No se trata de un vil chantage. Fíjense, caballeros. En mí hay dos personalidades. Por un lado, el tío que tiene que vengar la ultrajada honra de su sobrina. Por otro, el representante general de una poderosa Compañía de seguros. Sería un indigno representante de la Compañía "Memento mori", si no la pusiera por encima de todo. En los formularios acostumbrados tiene usted que contestar a conciencia a la pregunta de si está usted coprometido en un lance de honor en el momento de firmar el contrato. En caso afirmativo, la Compañía rehusa admitirle. Es, pues, mi deber, como buen representante de la Compañía, renunciar a toda satisfacción si usted firma una póliza. No puedo posponer los intereses ajenos ante mis pasiones. Por mí no ha de perder "Memento mori" la ocasión de realizar un seguro de cien mil pesetas. *(Presentándole una hoja.)* Puede firmar aquí. Esta es la póliza correspondiente. Las demás formalidades ya las llenará un empleado mío... Aquí tiene un estilográfico.

Agap.—¡Yo qué voy a firmar!

Carlos.—¿Es de veras? *(Transformándose.)* Señor mío, he cumplido mi deber para con la Compañía. Nada podrá reprocharme el director, que me ha conferido su representación. Ahora habla Carlos Torres, tío de la infeliz Susana... Usted se batirá conmigo. Y a pistola, pues tengo derecho. Si se niega, promoveré un escándalo. Será usted descalificado...

Juan *(Nervioso.)* — Escándalos, no. Que no haya escándalos, Agapito. Firma.

Carlos.—Aquí tiene el estilográfico.

Agap.—Pero un seguro de cien mil pesetas... Una prima de...

Juan.—No importa. Yo pagaré por ti las anualidades.

Agap.—¡Ah, en ese caso!... *(Firma.)*

Carlos.—Entonces, si usted responde de las primas me hará el obsequio de firmar también.

Juan *(Nervioso.)*—¡Venga!

Carlos.—¿El señor Villaverde tiene ya seguro de vida?

Juan.—¡Vaya usted a paseo!

Carlos.—Muy amable, señor. *(Recoge los papeles.)* Me voy dolorido por no haber vengado el honor de mi desventurada sobrina, pero muy satisfecho de haber proporcionado a la Compañía "Memento mori" un seguro tan importante. Muy buenos días. *(Vase por la derecha.)*

Agap.—¡Y yo que creí que era un campeón de la pistola!...

Juan.—¿Y resulta que no lo es?

AGAP.—¡Es un campeón del sable!... ¡Valiente sinvergüenza!... Ahora me arrepiento de no haberle dado con una silla en la cabeza... ¡Es un fresco!

CARLOS (*Apareciendo.*) —Perdón. Había olvidado el bastoncito. Buenos días. (*Coge el bastón y vase.*)

AGAP. (*Después de tragar saliva.*)—No lo he hecho por respeto a usted.

MARÍA (*Entrando por la izquierda materialmente arrastrada por Ana y Emilia.*)—¡Que no! ¡Que no os empeñéis porque es inútil!

JUAN.—¡Silencio! ¡Calma! ¡Mis nervios!

MARÍA.—No hay calma, ni hay nervios ni hay nada. Ya conoces mi carácter, papá. Yo no me reconcilio con ese hombre ni quiero volverle a ver más en la vida. Me voy a vuestra casa, y si no me queréis allí, a una fonda.

FEDER.—María, sosiégate...

JUAN.—Intervén tú, Emilia. Yo no puedo. No puedo. Estoy saltando.

EMILIA. — La conozco, Juan. Es inquebrantable en sus decisiones. Tiene mi carácter.

AGAP.—¡Basta ya con mil demonios! ¡Se acabó la farsa! Lo que os decía antes, es la verdad pura. El que ha puesto ese piso a esa individua, es Federico...

ANA.—¡Eres un miserable!

FEDER.—No le hagáis caso.

EMILIA.—¡Castiga a ese infame, Juan!

AGAP. (*A Federico.*)—Pero, ¿tienes valor de consentir esto? ¡Esto es una canallada! (*Se abalanza sobre él.*)

ANA.—¡Ay! ¡Que le pega encima! (*Gran confusión. Agapito intenta pegar a Federico. Este huye. Ana acomete a Agapito. Emilia la secunda. Los muebles ruedan por el suelo.*)

MARÍA.—¡Ay!... ¡Ay!... ¡Mamá!... (*Cae desmayada y es presa de una convulsión.*)

JUAN.—¡Mis nervios! ¡Mis nervios! ¡La crisis! (*Se sienta en una butaca dando botes.*)

(*Aumenta la confusión y el escándalo.*)

(*Telón rápido.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Gabinete elegantísimo en casa de Susana Torres. Una puerta en la derecha, otra en la izquierda y la de acceso general en el centro del foro. En un lado un lujoso "secretaire" sobre el que habrá un retrato de Agapito, de buen tamaño y un aparato telefónico. El resto de los muebles, a capricho de la direción, serán muy nuevos, como recién salidos de la tienda, lujosos, caros. Estarán dispuestos con buen gusto. La habitación tendrá mucha coquetería femenina. La acción comienza una hora después de la terminación del acto anterior.

(*Aparece en escena* SUSANA, *indolentemente tendida en un diván leyendo una novela. Viste un coquetón pijama del último modelo o si la actriz desdeña este bonito traje, un salto de cama o bata, pues acaba de levantarse.*)

ANITA (*Doncellita muy mona y arreglada.*)—Señorita, ya está lleno el baño.

SUSANA.—¿Está bien fría el agua?

ANITA.—Como sale de los grifos. Y con el día que hace... ¿Preparo la ducha?

SUSANA.—No hace falta. Si está abierta la llave con sólo tirar... Necesito un baño muy frío para reconfortarme. No he dormido nada.

ANITA.—¡La visita de esas señoras casi al amanecer!...

SUSANA.—¡Y qué visita más agradable!... Ahora he vuelto a acostarme, pero no he podido dormir nada. Estoy nerviosa.

ANITA.—El baño la sentará bien a la señorita.

SUSANA.—Ahora voy. (*Suena un timbre dentro.*) ¿Quién será? (*Anita hace mutis por el foro después de cerrar la puerta del cuarto de baño, que es la de la derecha.*)

ANITA.—Su tío, señorita.

SUSANA.—Que pase. (*Anita hace entrar a Carlos por el foro y hace mutis.*)

CARLOS.—Ya estoy de vuelta.

SUSANA.—¿Tan pronto?... No me digas más. No te ha dado resultado tu combinación...

CARLOS.—¡Qué poca confianza tienes en las dotes de tu tío, sobrinita! Le he asegurado en cien mil pesetas.

SUSANA.—Pero, dime, tío, ¿el asegurado ha sido él o su cuñado?

CARLOS.—El cuñado, ese. (*Señala el retrato.*) Debe ser tonto cuando ha seguido prestándose... De todos modos, uno u otro tenía que caer... Puede que haya quien critique esta asociación que hemos constituído tú y yo, pero tiene un fondo de alta moralidad. Somos la Némesis para los esposos infieles. Gracias a mi combinación tú no tienes que exhibir tus piernas delante del público, vives honestísimamente y yo cobraré por mis comisiones en la Compañía unas cantidades fabulosas...

SUSANA.—No te forjes demasiadas ilusiones, titito. He decidido que esto termine.

CARLOS.—No te comprendo, Susana...

SUSANA. — Sí, titito. El príncipe Roberto ha vuelto a escribirme. Viene a Madrid...

CARLOS.—¿Y serías capaz?...

SUSANA.—Sin dudarlo. Ha llegado el momento de que te haga una confesión sincera. Realmente estoy enamorada del Príncipe.

CARLOS.—¿Y le dejaste a los pocos días de haberle conocido en Suiza?

SUSANA.—Por eso precisamente. Si le hubiese hecho caso, si hubiese accedido a sus solicitudes, a estas horas el Príncipe, que no tenía por mí más que un capricho pasajero, me habría abandonado. En cambio, mostrándome esquiva he conseguido alentar su pa-

sión. Me escribe casi a diario, se muestra celoso del que cree mi amante, me hace juramentos y promesas tentadoras...

CARLOS. — Pero este Federico... o Agapito...

SUSANA.—Este cayó como llovido del cielo. Yo necesitaba venir a Madrid, tener aquí una casa y un amante que fuera algo conocido, que gozara fama de rico...

CARLOS.—Me enorgullece tu sagacidad, sobrina. Me enorgullece...

SUSANA.—¡Ah! Se me olvidaba. El, el verdadero Federico Gallardo, acaba de telefonearme anunciándome su visita.

CARLOS.—¿Qué diablos querrá?

SUSANA.—Sólo me ha dicho que tengo que abandonar esta casa inmediatamente. A todo trance quiere deshacerse de mí. ¡En medio de todo!

CARLOS.—Claro, como la casa la puso a su nombre... Si hubiera estado yo a tu lado ya de otro modo hubieran sucedido las cosas...

SUSANA.—¡Bah! ¿Qué importa la casa? Voy a tener otra nueva... Seguramente un hotel... tal vez un palacio... Estos Príncipes emigrados traen mucho dinero...

CARLOS.—De modo que va a venir él... Él en persona sin subterfugios del cuñado... ¿No se te ocurre nada, Susana?

SUSANA.—No.

CARLOS. — El no me conoce. No estaba cuando yo me presenté en casa del cuñado... Vaya que no renuncio a una buena comisión. Puede ser un día redondo.

SUSANA.—¡Eres genial, tiíto!

CARLOS. — Hagamos el último negocio... porque al Príncipe no va a ser posible asegurarle. (*Suena dentro el timbre.*) ¡Ya le tienes ahí! Dí a la doncella que no abra todavía.

SUSANA.—Anita. No abras hasta que yo te avise.

CARLOS.—Pon ahí la botella del cognac y unas copitas. (*Susana obedece.*) De prisa.

SUSANA (*Dándole una copa.*) Toma. Esta tiene una raja.

CARLOS.—Muy bien. Así. Yo estoy aquí. (*Se entra por la izquierda y cierra.*)

SUSANA (*Al foro.*)—Ya puedes abrir. (*Se sienta.*)

FEDER.—Buenos días. Susanita. Hemos tenido una bonita mañana. ¿Eh?

SUSANA (*Levantándose.*) — ¡ C a b allero! ¿Qué desea usted de mí?

FEDER. (*Sorprendido.*)— ¡Susana! ¿Qué es esto?

SUSANA.—Me ha engañado usted ignominiosamente. Es usted casado. El nombre con que se ha presentado a mí no es suyo.

FEDER.—Susana...

SUSANA.—Me ha hecho usted poner ahí un retrato diciendo que era de su señor padre poco antes de morir y resulta que es de su cuñado. No sólo me ha engañado usted a mí sino que ha engañado también a su esposa.

FEDER.—Yo te explicaré...

SUSANA.—Es inútil. A mí no tiene usted que decirme nada. He mandado llamar a mi tío y él le pedirá a usted cuentas. Yo, conforme a sus deseos, abandonaré esta casa inmediatamente. Voy a vestirme. (*Llamando.*) ¡Querido tío! ¡Sal! (*Yéndose por el foro.*) Usted lo pase bien.

FEDER.—¡Pero qué aventura!...

CARLOS (*En la misma actitud en que se presentó en el primer acto, tieso, glacial, severo, aparece en la puerta de la izquierda.*)—Siéntese, caballero. Aunque bien mirado no sé si en esta casa hay una silla para usted.

FEDER.—Me permito hacerle observar que las sillas y la casa son mías.

CARLOS. — ¿No habrá un error por su parte?

FEDER.—Ningún error.

CARLOS.—Es que yo he creído hasta ahora, que esta casa pertenece a don Agapito Pérez.

FEDER.—Ah, eso sí; pero nada tiene que ver.

CARLOS.—Usted ha tenido la osadía de presentarse con un nombre falso a mi pobre sobrina, sola e inexperta. Ella, confiada en su hidalguía, ha aceptado sus invitaciones, sus visitas, sus obsequios, comprometiéndose seriamente. Como nuestra familia es honorable y usted por su estado no pue de reparar el mal que ha hecho, me dará una satisfacción en el terreno del honor...

FEDER. (*Muy divertido dejándose caer en una butaca.*) — Pero antes me va usted a proponer un seguro de vida...

CARLOS (*Desconcertado.*) — Ciertamente En todos los concursos de pistola he ganado el primer premio...

FEDER. — Y para intimidarme con una prueba de su destreza romperá usted una copa de un balazo...

CARLOS. — Va usted a verlo. (*Saca una pistola.*)

FEDER. (*Muy tranquilamente bajándole el brazo.*)—Le ruego que no me descabale el juego de licores. ¿De modo que quiere usted la vida o si no quitármela?

CARLOS.—Tengo el honor de ser el representante general en España de la más poderosa Compañía de Seguros de Boston. "Memento mori". (*Sacando los papeles.*) Vea usted los cuadros estadísticos...

FEDER.—No se moleste. Yo le aseguro que no me asegura.

CARLOS.—¿Está usted cierto de ello?

FEDER.—Ciertísimo. Ya sé que si bien como caballero es usted de una estrecha moralidad, como agente de seguros tiene una conciencia muy amplia...

CARLOS.—No menos amplia que la conciencia de usted como marido.

FEDER.—Señor mío, para broma ya es bastante.

CARLOS.—¿De veras? ¿Y sabe usted lo que voy a hacer yo ahora mismo?

FEDER.—Veamos.

CARLOS.—Pues irme a ver a su esposa, llevando del brazo a mi sobrina y exponer a la virtuosa dama y a sus respetables suegros para abrirles los ojos respecto a los procedimientos que emplea usted para cazar muchachas inocentes.

FEDER.—Señor mío...

CARLOS.—Nos hemos distraído con bagatelas de nuestra conversación principal. Decía a usted, que dado su género de vida le conviene extraordinariamente un seguro. Para no ser menos que su señor cuñado suscribirá usted una póliza de cien mil pesetas...

FEDER. — ¿No se contentaría con veinticinco?

CARLOS.—Lo mismo que su señor cuñado. Cien mil. De lo contrario iré a ver a su esposa...

FEDER.—Es que a él se lo paga mi suegro... Pondremos cincuenta mil.

CARLOS.—Cien mil. Piense usted en su esposa. El recuerdo mitigará su dolor...

FEDER. (*Firmando.*)—¡Qué corazón tiene usted!

CARLOS.—¡Oh, ès lo que me pierde! (*Guarda los papeles.*)

FEDER.—Ahora quisiera pedirle un favor.

CARLOS. — Enteramente a su disposición.

FEDER.—Voy a hablarle sin rodeos. Mi cuñado Agapito puede llegar de un momento a otro. Su esposa ha abandonado el hogar conyugal y él quiere a todo trance coger a su sobrina y llevarla a casa para descubrir mi subterfugio. Espero que en compensación a mis sacrificios ustedes tendrán la amabilidad de abandonar la casa inmediatamente. Es preciso que cuando venga aquí mi cuñado no encuentre a Susana.

CARLOS.—Caro amigo mío. (*Federico tose.*) Caro amigo mío... Una mano lava la otra. Informaré en seguida a mi sobrina y hasta la ayudaré a recoger sus objetos personales, sus ropas...

FEDER.—Eso después. Mi cuñado vendrá en seguida. Váyanse ahora y luego pueden venir a recoger sus ropas. No he de regatear ninguna de esas minucias...

CARLOS.—Perfectamente.

FEDER.—Yo esperaré aquí a mi cuñado.

CARLOS.—He tenido un alto honor en conocerle.

FEDER.—No puedo decir lo mismo.

CARLOS.—Tengo la esperanza de que no será ésta la última vez que nos tratemos.

FEDER.—Conténtese con la esperanza. Es muy posible que le mantenga.

CARLOS.—Es usted finamente irónico. Servidor. (*Se inclina y sale por izquierda.*)

FEDER.—¡Y que esto me pase a mí!

SUSANA (*Con traje de calle, el sombrero puesto, abrochándose los guantes.*)—No puedo marcharme sin decirte adiós, Federico.

FEDER.—¡Buen chasco me has dado!

SUSANA.—¿Yo?... ¿Acaso tus obsequios no eran generosos. inspirados en la simpatía? No puedo pensar que obrases por un cálculo. que quisieras cobrar con usura tu protección a una mujer desvalida. Seguramente no ha sido por eso por lo que no has puesto esta casa a mi nombre para poderme arrojar de ella...

FEDER.—¿Pretendes recriminarme aún?

SUSANA.—Dios me libre... Por el contrario. No quiero partir sin decirte que mi simpatía era sincera. Que tal vez hubiera llegado a quererte... a caer en tus brazos si mi corazón no estuviese interesado ya y si tú hubieras sido soltero... Principalmente por esta causa. ¡Sufrí tal desengaño al saber que eras casado!...

FEDER.—¿Lo sabías?

SUSANA.—Casi desde el primer momento. También supe que usabas un nombre que no era el tuyo.

FEDER. — ¡Ah! ¿De modo que lo sabías desde el primer momento y sin embargo me engañabas haciendo que creías?...

SUSANA.—¿Acaso no me engañabas tú a mí? ¡Qué injustos sois los hombres!

FEDER.—Bien. No hablemos más de ello.

SUSANA.—Dime qué te duele más, ¿no haber podido engañarme o que te haya engañado yo a ti?

FEDER.—¿Pretendes burlarte?

SUSANA.—No. Solamente saber donde termina tu amor y comienza tu amor propio. Pero, te dejo. No quiero comprometerte si llega tu cuñado. Adiós, Federico... Luego volveré a recoger mis cosas. Como me marcho tan precipitadamente, no puedo esperar a una amiga que hoy llega de Suiza y no conoce a nadie en Madrid. Haz el favor de decirla que provisionalmente me alojo en el Palace. Quiero atenderla. Adiós o hasta luego, Federico... Me parece que mi tío ya está abajo con un automóvil... (*Mutis.*)

FEDER.—¡Adiós! ¡Bonita aventura! Dinero. disgustos, sobresaltos, dos meses en perpetuo anhelo... y ¡nada! Y era encantadora... (*Se sienta y coge un cigarrillo.*) Yo que me las prometía aquí tan felices... ¿Y qué hago yo ahora con esta casa? Un dineral en muebles... El alquiler pagado por un año... Si no tuviese el propósito de la enmienda era cosa de pensar en una sustitución ya que está el gasto hecho... (*Llaman dentro.*) ¿Será ya Agapito?... Me parece pronto... Primero que haya ido... También tengo que despedir a la servidumbre...

TERESA (*Por el foro.*) — ¿Se puede? (*Es una bella mujer, joven, elegante, pero muy sencilla, de modales desenvueltos. Viste un traje corte sastre y trae en la mano una bolsita de viaje.*) Perdón...

FEDER. (*Levantándose.*)—(¡Caramba, qué hermosa mujer!)

TERESA.—Perdón... Venía a ver a mi amiga Susana... Pero la criada me dice que acaba de partir sin decirle...

FEDER.—¡Ah, señorita! ¿Usted es la amiga que esperaba de Suiza?...

TERESA.—En efecto. Teresa Castellón.

FEDER. (*Inclinándose.*) — Aga... Federico Gallardo... Tenga la bondad de tomar asiento.

TERESA.—Gracias.

FEDER.—(Encantadora... Si no tuviese el decidido propósito...) Susana me ha encargado que dé a usted sus señas... Para eso me he quedado aquí... Desea atenderla...

TERESA.—Muy amable por su parte, caballero.

FEDER. — Cumplo el encargo complacidísimo... Se ha trasladado al Hotel Palace...

TERESA.—¿A un hotel? ¿No vive en esta casa?...

FEDER.—Ya no, señorita. Hace unos minutos ha dejado esta casa para siempre... ¿La contraría a usted por lo que observo?

TERESA.—En efecto... Me había brindado su casa por unos días... Sólo por esta invitación me he decidido... No sé por qué no me ha escrito...

FEDER. — Ha venido todo tan inesperadamente...

TERESA.—El caso es que yo no conozco Madrid... y he dado orden en la estación

para que me traigan aquí mi equipaje. Cuatro baúles y los bultos de mano...

FEDER.—¡Oh, viene usted bien equipada para una visita de unos días!

TERESA.—Me voy a establecer en Madrid. Aprovechando la hospitalidad de mi amiga para buscar casa. Después de haber practicado en Suiza quiero intentar abrir aquí mi despacho...

FEDER.—¿Practicar?... ¿Abrir despacho?...

TERESA.—Soy doctora en Medicina.

FEDER.—¡Ah!... Muy interesante... En tal caso no desespero de tener ocasión de dejarme tratar por usted...

TERESA.—No lo desee. Mi especialidad...

FEDER.—¿Qué especialidad?

TERESA.—Afecciones nerviosas. Desequilibrios mentales.

FEDER. (*Asustado.*)—¡Ah!...

TERESA.—He estado dos años en Suiza en el sanatorio de Harrdem.

FEDER.—De todos modos, puede que necesite de su asistencia, pues me parece que me voy a volver loco por usted... (*Ella esta sentada. El se pasea alrededor.*)

TERESA.—Caballero... A los cinco minutos de conocernos me habla de amor... En efecto, me parece que no es usted un hombre normal.

FEDER.—Ya se lo digo a usted. Necesito que usted me trate. (*Por detrás de ella trata de sacarse el anillo nupcial. Se tiene que mojar el dedo.*)

TERESA. — Bien. Basta de broma, señor Gallardo... ¿Estará ahora Susana en el hotel?... No sé qué hacer. Yo en una fonda no quisiera... Me convendría encontrar un piso amueblado...

FEDER.—¿Desea usted un piso amueblado? Este es magnífico. Instálese usted aquí.

TERESA.—¿Qué quiere decirme con esto?

FEDER.—Que ya ha encontrado usted la casa que buscaba.

TERESA.—¿La casa de mi amiga Susana?

FEDER.—Esta casa no es propiedad de Susana... Pertenece a... un amigo mío.

TERESA.—¿Y está vacante?

FEDER.—Justamente acaba de quedar desalquilada. Ya que ha mandado traer aquí sus baúles, instálese si le gusta... Vea. Los muebles son nuevos y bastante buenos... Está instalado el teléfono... Calefacción central... Este puede ser un despacho de consulta. Este escritorio es pequeño. pero se puede sustituir... (*Abriendo la puerta de la derecha.*) Aquí está el cuarto de baño. (*Al foro.*) Por aquí el comedor, la cocina, cuarto de las muchachas y el recibimiento. (*A la izquierda.*) Aquí un saloncito que puede servir para espera, pues tiene también entrada por el recibimiento, la alcoba principal, cuarto tocador... la parte que usted debe ocupar.

TERESA.—Muy bonito. Pero la casa y el mobiliario son muy lujosos y me temo que...

FEDER.—Acerca del precio ya nos entenderemos. Es decir mi amigo y yo.

TERESA.—No. Necesito saber...

FEDER.—Nada. Mi amigo se conformará con lo que usted quiera darle. Hasta el mes que viene no tiene que preocuparse del alquiler.

TERESA.—Bueno. Acepto. En una forma tan graciosa no se ha alquilado nunca una casa.

FEDER.—Criados también tiene usted. Supongo que querrán quedarse a su servicio. Una doncella y una cocinera. También están pagados este mes...

TERESA.—Ya hablaré con ellas... Pero esto parece cosa de cuento. Yo no sé aún si debo...

FEDER. (*Desviando la conversación.*)—¿Me puedo permitir preguntarla de dónde conoce usted a la señorita Susana Torres?

TERESA.—De Suiza. Sufrió una distensión al bailar y solicitó mi asistencia... Una excelente muchacha... No es como otras de su clase. Engaña a primera vista.

FEDER.—Sí. Engaña... engaña...

TERESA.—Ahora, caballero, si usted me permite, quisiera hablar con las criadas antes de que traigan el equipaje y formalizar con usted...

FEDER.—Hable con la servidumbre. Aquí la espero.

TERESA.—Un momento. ¿Por aquí?

FEDER.—Sí. A la derecha... (*La acompaña hasta el foro y vuelve.*) Es una mujer encantadora... Pero lo que se dice encantadora... Luego, tiene una carrera, no es una de tantas... No conoce a nadie en Madrid... Nada... Una aventura que se me entra por las puertas y no es cosa de desaprovecharla neciamente... (*Suena el teléfono.*) ¡El teléfono! ¿Qué será? (*Coge el aparato.*) Aquí. la doncella de la señorita Torres. (*Lo dice con su voz natural.*) ¡Mi mujer!... ¡Me ha conocido!... ¿Qué hago aquí?... Nada... Nada... Conociendo la situación de Agapito, pues he venido porque quería... ¡Mujer! ¿Cómo piensas eso de mí? ¡Me ofendes!... Yo hace mucho tiempo que estoy curado Bien lo sabes. Curado radicalmente... Sí, sí. Iré en seguida. (*Entra* TERESA *quitándose el sombrero y los guantes.*) ¿Qué dices? ¿Que continúa afirmando que él no es?... ¡Está loco, créeme! Es un caso de locura, de verdadera locura... Le vamos a someter a un reconocimiento médico... ¿Dice que por eso estoy yo aquí?... ¡Claro que está loco! Síguele la corriente que yo me ocuparé de él... En seguida. Adiós. (*Cuelga el aparato.*)

TERESA.—¿Le han llamado a usted por teléfono aquí?

FEDER.—No... He sido yo el que he llamado... Por usted... Preocupándome por usted... Trataba de proporcionarle el primer cliente... Ya me habrá oído... Un amigo que está loco...

TERESA.—¡Oh, tiene usted unas intenciones, unas solicitudes!...

FEDER.—Las que usted se merece... Y no pienso terminar aquí. Ahora me es preciso dejarla por unos minutos. Tengo algo urgente que hacer. Pero volveré en seguida si usted me lo permite... Tenemos que hablar aún... He de explicarle... Almozaremos juntos. No se ocupe de la comida

TERESA.—No sé... Quisiera que determinásemos lo del alquiler, que me dijera en qué condiciones está esta casa. También, respecto a mi amiga Susana...

FEDER.—Después... Después hablaremos

de todo con tranquilidad... Me voy por la puerta de servicio para salir antes... (Y para prevenir a la servidumbre.) A los pies de usted, encantadora doctora. (*Vase por el foro.*)

TERESA.—Un hombre muy simpático, hay que reconocerlo. Tal vez demasiado inflamable. Pero con mantenerle a raya... La casa... no se puede pedir más... Ahora, que es preciso enterarse... Seguramente alguna locura de Susana... (*Suena el timbre dentro.*) ¿Quién será?

AGAP. (*Por el foro, apartando a la criada.*)—Deja, muchacha, deja. Tengo que ver a la señorita inmediatamente. (*Pasa.*)

TERESA.—Caballero...

AGAP.—Muy buenos días.

TERESA.—Retírese. (*A la criada.*) Siéntese usted. (*A Agapito.*)

AGAP. (*Limpiándose el sudor.*)—Muchas gracias... He venido corriendo. ¡Ya tenía ganas de conocerla!...

TERESA.—¿Sí?

AGAP.—Temía que no estuviera usted o que no me recibiese, y por eso me he permitido arrollar un poco a la criada...

TERESA.—Espero que me diga usted quién es y el objeto que le conduce aquí, porque yo...

AGAP.—¡Ah! ¿Pero es que no me conoce usted? Entonces le bastará con que le diga mi nombre. ¡Agárrase! ¡Soy Agapito Pérez! (*Teresa se queda tan tranquila.*) ¿No le hace ninguna impresión? Es que soy el verdadero, el auténtico Agapito Pérez.

TERESA.—Oigo ese nombre por primera vez.

AGAP.—¡Vaya!... Que no estoy para perder el tiempo. Usted conoce ya la verdadera situación. Usted y yo hemos sido víctimas del engaño de un pillo, lo mismo que mi pobre mujer...

TERESA (*Divertida.*)—Me parece que estamos haciendo una de esas escenas de vodevil en las que los personajes son tontos y no se entienden.

AGAP.—Vamos a dejarnos de tonterías. Abajo tengo un cochecito en el que nos vamos a meter los dos ahora mismo.

TERESA.—¿Y a dónde voy yo a ir con usted en un coche?

AGAP.—Precisamente a la verbena no va a ser. Va usted a venir conmigo a casa de mis suegros, donde está mi mujer, y la va usted a decir, pero que muy clarito, que usted no ha tenido nada que ver conmigo, sino que ha sido con el otro.

TERESA.—¿El qué?... ¿Qué es lo que yo iba a haber tenido con usted?

AGAP.—Ya se lo puede usted imaginar.

TERESA.—¡Cuando yo digo que estamos en pleno vodevil!... Me parece que usted está equivocando la persona.

AGAP.—(¡Vaya! Con estas pájaras hay que ponerse un poco a tono para que no l tomen a uno por tonto.) ¡Que te crees tú eso, negra!

TERESA.—Le ruego que no me tutee y que no me llame negra.

AGAP.—Me quiero entender con usted por las buenas. Ya ve que me estoy poniendo a su tono.

TERESA.—Yo le repito que está en un lamentable error.

AGAP. (*Desesperado.*)—¡Pero si el error está ya más que aclarado! ¿No se entera usted? ¿No está usted viendo que tiene delante al auténtico Agapito Pérez?

TERESA.—Permita usted...

AGAP.—No me venga con que el otro... Porque le puedo legitimar mi persona...

TERESA.—Una palabra. Esta habitación no es mía.

AGAP.—¡Toma, eso ya lo sé!

TERESA.—La ocupo desde hace muy poco tiempo.

AGAP.—¡Que lo sé!

TERESA.—Me la ha proporcionado don Federico Gallardo.

AGAP. (*Impaciente.*)—¡Una novedad!

TERESA.—Nunca sabré agradecer bien las galanterías, las atenciones exquisitas que el señor Gallardo ha tenido conmigo...

AGAP.—Pero, ¿no le estoy a usted diciendo que todo eso me lo sé de memoria?

TERESA (*Sorprendida.*)—¿Que también eso lo sabe usted?

AGAP.—Claro, mujer, claro.

TERESA.—(¡Ah!) ¿Ha hablado usted por telédono con el señor Gallardo?

AGAP.—Sí. Hace un rato.

TERESA.—¡Ah!... No me diga usted más... Ahora lo comprendo todo.

AGAP.—¡Eso sí que es de vodevil!... ¡Ahora lo comprendo todo!... Pues sí que tiene usted dificultad para enterarse... (Muy guapa, pero como todas las de su clase, muy torpe.)

TERESA.—Debí haber caído antes. Don Federico me ha anunciado su visita.

AGAP.—¡Pues entonces, alma de Dios!... Ahora lo que hace falta es que nos entendamos. Sin tonterías, ¿eh? Ya le he dicho que yo también he corrido lo mío.

TERESA.—Se ve. Viene usted sudoso.

AGAP. (*Dándola un papirotazo.*)—Vamos, vamos, chungueos no.

TERESA (*Muy amable.*)—Tengo una verdadera alegría en verle... ¿El señor Gallardo le ha dicho a usted quién soy?

AGAP.—¡Claro!

TERESA.—¿Y sabe usted mi profesión?

AGAP.—¡Qué preguntas me hace usted!... ¡Su profesión!... Claro!...

TERESA (*Más amable.*)—Entonces, ya que usted lo sabe... ya que no viene engañado como otros...

AGAP.—¿Entonces, qué?

TERESA.—Nada... Que tengo la satisfacción de decirle que en Madrid va usted a ser mi primer cliente.

AGAP.—El primero... (*Estirándose.*) ¡Ca!... Conmigo, no. ¡Ca! Yo no soy de esos.

TERESA.—¿Qué dice?

AGAP.—Que no. Ya sabe usted a lo que vengo.

TERESA.—Sí, señor. Tiene usted que dispensar que por una equivocación... Como yo no le conocía a usted ni de nombre...

AGAP. (*Levantándose furioso.*)—¿Es que vamos a empezar otra vez?

TERESA.—Vamos, vamos. No se irrite. Siéntese aquí... aquí. A mi lado. Usted y yo terminaremos siendo buenos amigos...

AGAP. (*Sentándose.*)—En eso es en lo que se equivoca usted de veras. (*La retira una mano que ella ha puesto sobre la suya para tomarle el pulso.*)

TERESA.—Siéntese. Cruce una pierna sobre la otra, así, dejándola suelta.

AGAP.—Bueno, si es capricho. (*Se sienta en la posición indicada.*)

TERESA.—No creo que esté usted enfermo.

AGAP.—Eso le puede a usted tener sin cuidado.

TERESA.—Me interesa, me interesa, su salud...

AGAP.—¡Ah, mi salud!... Pues si hoy no reviento, no revierto nunca. Hace un rato creí que me volvía loco...

TERESA.—¿Ataque de nervios?...

AGAP.—Mis nervios son hoy cuerdas de violín.

TERESA.—Ya los templaremos. Ya los templaremos. De mi casa saldrá usted hecho otro hombre. Déjeme que le vea la pupila.

AGAP.—¿Es que me ha tomado usted por un besugo?

TERESA.—Bien, bien. No se enfade. (*Le da un golpe en la rótula para comprobar el movimiento medular reflejo.*)

AGAP.—¡Nada de ternuras, tenga la bondad! (*Se levanta.*)

TERESA.—¡Siéntese usted, hombre!

AGAP.—No estamos para perder el tiempo. Póngase el sombrerito, si me hace el favor, y venga usted conmigo a ver a mi mujer, que la pobre está en casa de mis suegros hecha una Magdalena.

TERESA.—¿Y para qué he de ir?

AGAP.—¡Toma! Para que le diga usted que según la teoría de Federico, yo soy un anormal.

TERESA.—¡Ah!... ¿Que es usted un anormal?

AGAP.—¿No ve usted que se le ha metido en la cabeza que yo soy adúltero? Hay que poner en claro las cosas. Ustedes ya han sacado su tajadita del seguro, pero de ahí no pasamos, por lo menos yo. ¿Me entiende usted?

TERESA.—Muy poco. ¿Y qué he de decir a su esposa?

AGAP.—La verdad clarita. Que yo no he tenido nada que ver con usted. ¿No ve usted que creen que yo me divierto por ahí? Ande, vístase y venga.

TERESA.—Bueno, un momento. Me falta dirigirle algunas preguntas.

AGAP.—No he venido a sacar la cédula.

TERESA.—Es indispensable. ¿Viven sus padres todavía?

AGAP.—Sí, señora. Muy viejecitos, pero viven.

TERESA.—¿Qué enfermedades han tenido?

AGAP. (*Levantándose desesperado.*)—¿Quiere usted hacer el favor de dejarse de tonterías?

TERESA.—Muy bien, muy bien. Ya averiguaremos.

AGAP.—Aquí no hay más que decir muy claritamente a mi mujer y a mi suegra que usted no ha tenido relaciones conmigo.

TERESA.—¿Relaciones amorosas?

AGAP.—Claro.

TERESA.—¿Que yo no he tenido relaciones con usted?

AGAP. (*Dando vueltas muy nervioso.*)—Pero, ¿es que hablo en chino o que no quiere usted entenderme?

TERESA.—Entonces, ¿con quién debo haberlas tenido?

AGAP. (*Enfurecido.*)—¡Mi madre!...

TERESA.—Quieto, quieto.

AGAP. (*Agitadísimo.*)—Mire usted... Tengo mucha paciencia, pero estoy ya que salto, y si no quiere usted que demos un espectáculo... ¿Es usted tonta?

TERESA.—Sí. Siempre lo he sido.

AGAP.—¿No será que lo finge usted?... ¡Vamos, hombre!... ¡Con las que salimos ahora!... (*Paseándose nerviosísimo, saltando.*) Le advierto a usted que no le valen disculpas de ningún género. Por las buenas o por las malas, aunque sea arrastrando, usted viene conmigo a ver a mi mujer. Ya lo oye. Aunque la tenga que llevar arrastras.

TERESA (*Asustada.*)—(¡Le va a dar un ataque! Bien... Bien... Voy a dar algunas órdenes a la doncella... (*Llama.*) Cálmese usted...

AGAP.—¡Cómo quiere usted que me calme! (*Bota.*)

TERESA. (*A Anita.*)—Llene usted el baño de agua fría.

ANITA.—Está lleno precisamente.

TERESA.—¿Es aquél?

ANITA.—Sí.

TERESA.—¿No tiene otra puerta?

ANITA.—No.

TERESA.—Retírese. (*Vase Anita.*)

AGAP.—¿Vamos?

TERESA.—Sí; pero antes es preciso que tomemos un baño.

AGAP. (*Dando un brinco.*)—¡Un baño con usted!... Vamos, esas cosas no las hace Agapito Pérez...! ¿Por quién me ha tomado usted a mí?

TERESA.—Supongo que no será por vergüenza. Yo he hecho bañar en mi casa a muchos caballeros.

AGAP.—Señal de que le gusta a usted la limpieza... Pues a mí no me baña usted.

TERESA.—Un bañito frío le calmaría los nervios...

AGAP.—¿Un bañito frío?... No. Me bañé esta mañana en agua bien calentita... Acabemos. ¿Quiere usted venir por las buenas a casa de mi mujer?

TERESA.—Sí, sí.

AGAP. (*Cogiéndola por la muñeca.*)—Sin más pamplinas ni más largas. ¿Me entiende usted? (*La mira con cara feroche.*) Porque es que no aguanto más.

TERESA.—Bien. Nada más que ponerme el sombrero... Para no perder tiempo, ¿quiere usted traérmele? Está colgado algo alto y no alcanzo.

AGAP.—¿Dónde?

TERESA.—¡Ah! En ese cuarto de la derecha. Tráigamele y vamos corriendo.

AGAP.—Ya lo creo que vamos. (*Entra por la derecha.*)

TERESA (*Corre tras él y cierra la puerta con llave.*)—¡Ya está!

AGAP. (*Golpeando la puerta.*)—¡Ah! ¡Ladrona, me has encerrado!... ¡Abre que te

voy a degollar!... ¡Estabas de acuerdo con él!... ¡Abre!...

TERESA.—Que grite lo que quiera. Ahí n[o] le oye nadie ni puede romper nada.

AGAP.—¡Abre, mala pécora! (*Ruido de cacharros rotos.*)

TERESA.—Se ve que tiene ataques furiosos. Hay que recluirle en una casa de salud. (*Busca en el libro telefónico.*) El señor Regúlez, mi antiguo profesor, tiene aquí un sanatorio.

AGAP.—¡Abra usted la puerta y déjeme usted salir, o se va armar aquí una muy gorda!

TERESA (*Al mismo tiempo que mira el libro.*)—No se canse. Hasta que no tome usted un baño de diez minutos no le abro la puerta. (*Descuelga el aparato.*) ¡Central!... 99-33... (*A Agapito, que sigue golpeando la puerta.*) A bañarse, a bañarse. (*Al teléfono.*) ¿Es el sanatorio del doctor Regúlez?... Oiga, hagan el favor de enviar dos enfermeros forzudos y un coche a la calle de Ayala, 340, segundo izquierda... La doctora Teresa Castellón, pero pregunten por la señorita Torres. Muchos recuerdos al señor Regúlez... Sí. Urge. ¡Adiós! (*Cuelga el aparato.*)

AGAP.—¡Abra usted! ¿Se ha marchado?...

TERESA.—No, señor. Estoy aquí. No se canse. No abriré mientras no se tome un baño de diez minutos. No hay otro remedio.

AGAP.—¿Y si me lo tomo?

TERESA.—Nos meteremos en seguida en un coche. Ande, ande. ¿No tenía usted tanta prisa? Pues de usted depende. No pierda tiempo. Al agua. (*Retirándose.*) Este es de los razonables. Acabará por tomar el baño y tranquilizarse.

FEDER. (*En la puerta del foro.*)—¿Se puede?

TERESA.—Adelante, amigo mío.

FEDER.—Despachados mis asuntos, me he permitido traerle algunas cosas, cumpliendo los sagrados deberes de la hospitalidad. (*Deja sobre una mesa diversos paquetes, entre ellos un ramo de flores.*) Almorzaremos muy bien.

TERESA.—¡Oh, es usted de una galantería!... ¡Qué bonitas flores. (*Las pone en los búcaros.*)

FEDER.—He traído unos fiambres, unos dulces y unas botellitas de champagne...

TERESA.—¿También champagne?

FEDER.—Tenemos que llegar a un acuerdo respecto al alquiler, y nada mejor para cerrar un trato que unas copitas de champagne después de una comida...

TERESA.—Es usted mi providencia. Se me olvidaba decirle que ya ha venido el primer cliente.

FEDER.—¡Ah! ¿Sí? Y eso que acaba usted de llegar, que aún no ha puesto su muestra en el portal...

TERESA.—No. No ha venido por mí, sino por usted... Es el que había prometido enviarme...

FEDER.—¡Ah!... Sí... El que le prometí... (¡Bueno, no voy perdiendo nada!)

TERESA.—Ha hecho usted bien en mandarle. No he podido reconocerle aún, pero parece peligroso, propenso a los ataques...

FEDER.—Claro; puesto a mandarle un enfermo, no iba a enviarle cualquier cosa. A mí me gusta todo de lo mejor...

TERESA.—Lo tengo encerrado ahí, en el cuarto de baño...

FEDER.—¡Ah! ¿Y qué hace ahí?

TERESA.—Vamos a escuchar. (*Escuchan.*) Se está bañando. ¿No oye usted chapotear en el agua? (*El ruido se simula dejando caer garbanzos o perdigones sobre una lata.*)

FEDER.—Sí. Furiosamente. Vamos: ese hombre ha tomado esta casa como la propia.

TERESA.—Se lo he mandado yo.

FEDER—Un paciente dócil.

TERESA.—Sí. Se da mucho el caso. Cuando se tranquilizan son personas sensatas. El mismo comprende que el baño frío le hará bien, y lo toma...

FEDER.—Si está pacífico, cuando salga preséntemelo usted.

TERESA.—Pero ¿no le conoce?

FEDER.—Sí... Sí... Pero quiero que me lo presente a ver si me conoce él a mí.

TERESA.—Aquí pondremos más flores. (*Se dirige con un puñado de flores hacia un búcaro que hay sobre el escritorio.*) ¡Ah! ¿Tenía usted aquí su retrato? Por lo visto es un amigo íntimo...

FEDER.—¿Quién?

TERESA.—Este, el enfermo.

FEDER. (*Aterrado.*)—¿Qué es?

TERESA (*Con el retrato en la mano.*)—El que tengo en el baño...

FEDER. (*Dejándose caer en el diván.*)—¡Ave María Purísima! ¡Agapito! ¡Me había olvidado de él por completo! ...

TERESA.—No entiendo. ¿No me lo ha enviado usted mismo?

FEDER.—Sí... Naturalmente... Yo le he enviado... Pero es que había enviado a otro... No creía que éste... No. Este no está loco.

TERESA.—¡Oh! De remate. Tiene la manía de estar en relaciones, o por mejor decir, de hacer constar que no está en relaciones con la primera mujer que ve... Dice muchas incongruencias...

FEDER.—¡Pobrecillo!

TERESA.—A todo trance quería llevarme en un coche a casa de su mujer para que confirmase que nada teníamos que ver...

FEDER.—¿Y por eso le ha condenado usted a un baño frío?

TERESA.—¿Usted conoce el origen de su manía?

FEDER.—Sí... Hace tiempo, un amigo suyo engañaba a su mujer usando su nombre, y cuando ella se enteró aún siguió echando la culpa al infeliz éste...

TERESA.—¡Vaya un amigo!

FEDER.—¡Oh, un canalla!... Yo me llevaré luego al pobre Agapito.

TERESA.—De ninguna manera...

FEDER.—Dejándole solo conmigo es inofensivo...

TERESA.—¡Ca! ¡Si me amenazaba con matarme! He telefoneado al sanatorio de un amigo para que me envíen dos enfermeros. Hay que recluirle durante algún tiempo y someterle... Por cierto, voy a ver... (*Se levanta y va al teléfono.*)

FEDER.—(¡Ahora es cuando se descubre todo y del modo más trágico!)

TERESA.—No sea que aún no estén en camino los enfermeros... 99-33.

FEDER. (*Saca un librito y apunta.*)—99-33.

TERESA.—¿Es el sanatorio del doctor Regúlez? La doctora Castellón. ¿Han salido ya los dos enfermeros que he pedido?... ¿No?

FEDER.—¡Gracias a Dios!

TERESA.—¿Que van a salir en seguida? Bueno, gracias. (*Cuelga el aparato.*)

FEDER.—Dispense usted. Vuelvo en seguida. Se me ha olvidado una cosa. (Por otro teléfono aviso corriendo para que no vengan, y arreglado.)

TERESA.—Pero si no hace falta nada más...

FEDER.—Vuelvo al instante... Voy también a avisar a mi... a mi ama de gobierno...

TERESA.—Bien. Mientras tanto, yo veré qué ha traído usted. (*Queda de espaldas a la izquierda, desatando los paquetes.*)

FEDER. (*Saliendo.*)—¡Quiera Dios que llegue a tiempo! (*Mutis.*)

SUSANA (*Dentro, en la izquierda.*)—Tampoco está aquí Federico, tío.

CARLOS (*Dentro.*)—Entonces esa chica es tonta. ¿Para qué nos ha dicho que estaba?

TERESA (*Volviéndose.*) — ¿Quién habla aquí?

SUSANA (*Saliendo.*)—¡Oh! ¿Teresa?

TERESA.—¿Ustedes? (*Se besan y saludan.*)

SUSANA.—¿Qué haces tú en mi antigua casa?

TERESA (*Riendo.*)—Ahora es mía. La he alquilado.

SUSANA.—¿Te la ha alquilado acaso Federico?

TERESA.—El mismo. Me dijo que tú te habías ido a un hotel...

SUSANA.—Sí. En efecto. Vengo a recoger mis cosas. Ya he cogido la mayor parte de lo que había en la alcoba y en esta salita, y estoy haciendo un paquete.

TERESA.—Yo te ayudaré. (*Se oye golpear en la puerta del cuarto de baño.*)

SUSANA.—¿Llaman ahí?

CARLOS.—Y con energía por cierto.

AGAP.—Señorita, que aquí no hay toalla y me estoy quedando helado.

CARLOS—¡Se está bañando uno!

SUSANA.—¡Ah! (*Ríe maliciosamente mirando a Teresa.*)

TERESA.—¿De que te ríes maliciosa?

AGAP.—¡Una toalla, que me muero de frío! (*Estornuda.*)

SUSANA.—Oiga... Ahí debe haber un capuchón ruso...

AGAP.—Aquí no.

SUSANA.—Sí. Levante usted la tapa del mueblecito blanco que sirve de banquito. Ahí está la ropa limpia...

AGAP. (*Tiritando.*) — Muchas gracias. ¡Achús!

SUSANA.—Seguiré recogiendo mis cosas.. Ayúdame y despacheremos antes. Tengo prisa. ¡Ah!, mi capa de baño ya me la man-

SUSANA.—¡Ah! (*Ríe maliciosamente.*)

TERESA.—Pero, ¿qué te crees, maliciosa? Se trata de un paciente. De un loco furioso, al que he encerrado ahí obligándole a tomar un baño frío.

SUSANA (*Riendo.*)—¡Ah, vamos! Perdona... Tío, haga usted un paquete con lo que está ahí encima de la mesa del saloncito. Yo voy a recoger las cosas que tengo en el escritorio y por aquí...

TERESA.—Yo le ayudaré a usted. (*Vase con Carlos por la izquierda.*)

SUSANA.—¡Qué práctico me ha resultado Federico! ¡A la primera visita le ha alquilado la casa! (*Se oye el timbre dentro. Susana va de un lado a otro, colocando cosillas sobre una mesa.*)

EMILIA (*Presentándose por el foro.*)—Perdone usted... *señorita*, que volvamos a importunarla. Venimos a buscar a mi yerno.

MARÍA (*Entra llorosa.*)—¡Entrégueme usted a mi marido!

ANA (*Conteniéndola.*)—Vamos, María.

EMILIA.—Prudencia, hijas mías. Comedimiento.

MARÍA.—Usted nos prometió esta mañana no recibirle más.

SUSANA.—Y así es. No está aquí.

MARÍA.—¡Nos han dicho en la portería que está!

EMILIA.—Yo no he confíado nunca en su palabra, y en cuanto salió de casa y supe que mi otro yerno también estaba aquí, he venido sin dudar.

SUSANA.—¿Su otro yerno?

ANA.—Sí. Mi marido. También está aquí, o por lo menos ha estado.

SUSANA.—Yo no sé nada de eso.

ANA.—No disimule usted. Ha telefoneado desde aquí cuando yo llamaba para preguntarle a usted por el otro...

EMILIA.—Es inútil que niegue usted. Estamos bien informadas.

SUSANA.—Sus esposos, señoras, no están aquí, y les ruego que tengan presente que yo...

EMILIA.—Ahorremos palabras...

SUSANA.—Permita usted. Yo he dejado esta casa para siempre...

ANA.—¡Por eso la encontramos a usted en ella!

SUSANA.—He vuelto en este instante para recoger mis objetos personales. Si ustedes no quieren creerme, les presentaré a testigos que confirmarán mis palabras. Es muy enojoso todo esto. (*Llamando hacia la izquierda.*) Vengan ustedes un momento.

CARLOS (*Saliendo.*)—Señoras mías...

SUSANA.—Teresa, haga usted el favor de decir a estas señoras el tiempo que llevo aquí.

TERESA.—Unos minutos. ¿Qué pasa?

SUSANA.—Estas señoras afirman que yo he recibido aquí a sus respectivos esposos.

CARLOS.—¡Oh, oh!

TERESA.—¿En mi casa?

EMILIA.—¿En *su* casa de usted?

TERESA.—Sí, señora. En mi casa.

EMILIA.—¿Y se puede saber cómo esta casa ha llegado a ser suya?

TERESA.—Porque un amigo me la ha alquilado.

EMILIA.—¡Ah! ¿Y se puede saber sin indiscreción quién es ese amigo?

TERESA.—¿Por qué no? Don Federico Gallardo.

ANA (*Dando un grito.*)—¡Ay!... ¡Ma-

má!... No se ha enmendado. Ha alquilado esta casa para ella... Es su *amigo*...

TERESA.—Y un buen amigo. Una persona generosa y atenta...

MARÍA.—Lo creemos, lo creemos.

CARLOS.—(Esto se pone divertido.)

TERESA.—Pero, ¿por qué está tan excitada, señora?

ANA.—Su *amigo* de usted es mi esposo.

MARÍA.—¡Qué vergüenza!

EMILIA.—¡Mira! Por eso ha mandado recado de que no comía en casa... champagne, dulces...

ANA.—¡En cuanto yo le eche los ojos encima!

FEDER. (*Entra canturreando por el foro.*) Ya estoy de vuelta...

ANA, MARÍA *y* EMILIA (*Las tres a la vez.*) ¡Aquí está!

FEDER.—(Me caí.). (*Deja caer un papelón del que escapan, rodando, peras, manzanas y naranjas.*)

ANA.—¿Con que tú eres su *amigo?*

EMILIA.—¿La has alquilado esta casa?

MARÍA.—Te la habrá puesto el otro baratita...

FEDER. (*A Susana bajo.*)—¿Se lo has confesado todo?

SUSANA (*Idem.*)—No. Ten cuidado que no saben nada.

FEDER.—Pero, veamos, ¿qué queréis vosotras? (*A María.*) Aunque tu marido afirme que no ha tenido nada que ver con Susana...

EMILIA.—No se trata de tu cuñado y de esta señorita...

FEDER.—¡Ah, vamos!

EMILIA.—Se trata de ti.

ANA.—¿Qué tienes que buscar tú en esta casa?

FEDER.—¡Ah, muy sencillo! Deseoso de enmendar los despilfaros de mi cuñado, he alquilado la casa por su cuenta. ¿Está mal hecho?

ANA.—¿A esta señora?

FEDER.—Cierto. A esta señorita que te voy a presentar. La doctora Teresa Castellón.

EMILIA.—Todo lo encuentro yo muy sospechoso.

TERESA.—Lo que está pasando aquí es inaudito. Yo le ruego, señor Gallardo, que me defienda de tales sospechas. Me ofende esta situación. (*Vase.*)

FEDER.—Pero, mamá, ¿cómo puede ofender de tal manera a la señorita Castellón y a mí? ¿Qué cosa mejor podía yo hacer que alquilar la casa para que Agapito perdiese menos dinero?

CARLOS (*A Susana, bajo.*)—Si yo pudiese asociar a este hombre a mis seguros, haríamos los grandes negocios. Es genial.

EMILIA.—¡Vamos! Ni que yo fuera tonta. ¿Y esas botellas de champagne, esos dulces y esas frutas?

FEDER.—¿Todo esto?

ANA.—¡Ah, mira como no sabes contestar!

CARLOS.—Ahora es cuando le han cogido. Yo no sabría salir del aprieto.

FEDER. (*Decidido.*)—¡Sea!... No puedo evitarlo... Todo antes que sospeches de mí, Ana. Todo esto.... ya que me fuerzas a decirlo, es de Agapito.

CARLOS (*Con admiración.*)—¡Ah!

MARÍA (*A Susana.*)—Entonces no puede usted negar que está aquí. Nos ha engañado usted.

SUSANA.—Yo no quiero complicaciones. Les aseguro que no está.

FEDER.—Sí. Usted ha faltado a la palabra que me había dado cuando antes vine a suplicarle que no recibiera más a mi cuñado.

SUSANA.—Yo no miento. Repito que aquí no ha venido tal señor

FEDER—¡Pero si he venido yo corriendo tras él!... Solamente que no he querido decirlo.

SUSANA.—¿Sí? Pues, ¿dónde está? Muéstreselo usted a estas señoras.

CARLOS (*Bajo.*)—No le pongas en apuros.

FEDER—¡Sea! Está ahí. (*Señala el cuarto de baño.*)

SEÑORAS.—¡Ah! (*Corren hacia la puerta.*)

SUSANA.—¡Cuidado!... En ese cuarto hay encerrado un loco furioso.

EMILIA.—¡Ah, ya!

SUSANA.—Un cliente de la doctora Castellón...

MARÍA.—Eso lo vamos a ver. (*Va hacia la puerta.*)

FEDER.—(¡Dios mío, tú eres testigo de que no he tenido más remedio!)

EMILIA.—Salga. (*Abre la puerta.*)

AGAP. (*Sale escapado. Viste un capuchón de baño, pero de señora. Muy cortito, con muchos adornos, rayas vistosas. Una preciosidad. Trae las piernas desnudas y el cabello chorreando.*)—¡Me muero de frío!

ELLAS.—¡Agapito! ¡El!

CARLOS.—¡Genial!

AGAP.—¡Mi mujer!... ¡Mi suegra!...

ELLAS (*Se abalanzan sobre él increpándole.*)—¡Bribón! ¡¡Pérfido!!... (*Cuadro y telón rápido.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Salón en el piso bajo del hotel de los señores de Villaverde. Puertas laterales y en el foro puertas de cristales que dan acceso a una serre llena de plantas. Muebles lujosos en el salón y en el invernadero sillas y butacas de mimbre. El acto comienza con luz del día.

DOÑA EMILIA *aparece sentada hacia el foro leyendo una novela, muy absorta. Por la izquierda entra* DON JUAN, *de chaquet, con sombrero y bastón.*

JUAN.—Buenas tardes, querida Emilia. (*Ella no le oye.*) He dicho buenas tardes querida Emilia,

EMILIA.—¡Ah! ¿Eres tú ya?

JUAN.—No es temprano ni mucho menos.

EMILIA.—Se me ha pasado el tiempo leyendo.

JUAN (*Llama al timbre, se presenta un* CRIADO *y le entrega el abrigo y el sombrero.*) Parece que la lectura es interesante. ¿Qué lees?

EMILIA.—Los libros que tu asociación ha mandado recoger de los escaparates.

JUAN.—¡Ah, vamos! Ten cuidado con esas lecturas... He venido directamente desde el despacho de la fábrica a aquí, sin ir a la tertulia que tengo el honor de presidir en el Casino, porque deseo hablarte. ¿Dónde está María?

EMILIA.—Ha ido con Ana a casa de la señora de Robles, que está organizando una comida para los hambrientos rusos. Puede que luego haya ido al te del Ritz, donde se bailaba hoy para los ancianos tullidos. Ya sabes todo lo caritativas que son nuestras hijas.

JUAN.—Muy cierto... Escucha, querida Emilia. Nuestra hija María lleva ya seis días viviendo en esta casa. Me parece ya tiempo más que suficiente para que sus nervios se hayan tranquilizado... (*Un tanto nervioso.*) Si te parece cómodo, querida Emilia, te ruego que dejes de balancear el pie.

EMILIA.—Perdona. (*Cambia de postura.*)

JUAN.—Yo esperaba que en estos seis días volviese al lado de su esposo. Infelizmente las cosas no han venido así. Pero tampoco puede continuar de este modo. La gente comenta, hace preguntas indiscretas... Estoy molesto, nervioso...

EMILIA.—Querido Juan. Las cosas no se pueden hacer tan deprisa. No hace una semana que le sorprendimos en casa de la tal señora...

JUAN.—Es preciso que se haga pronto una reconciliación, porque temo por la felicidad de nuestra hija. Has de saber, que en este tiempo, Agapito ha cambiado radicalmente. El, antes desgarbadote, descuidado, ahora se acicala, camina erguido... Come en los hoteles de moda... Recibe cartas con perfume y un color sospechosos. Las operarias de la fábrica, que antes le miraban hasta con antipatía por su severidad, ahora se desviven por él.

EMILIA.—¡Oh, qué hombres!

JUAN.—Di más bien qué mujeres. Yo creo que le persiguen. Como uno goza de cierta popularidad, lo que ha ocurrido es del comentario público. Aunque he procurado cortar toda conversación o alusión sobre este punto, vengo observando que Agapito se ha hecho una figura interesante...

EMILIA.—¡Parece mentira!

JUAN.—No me interrumpas. Esta tarde he podido observar marcadamente este fenómeno. Me pidió permiso para ir al te del Ritz.

EMILIA.—Eso tal vez haya sido por aproximarse a María sabiendo que ella estaba.

JUAN.—No me interrumpas. No creo que para aproximarse a su mujer necesitase mandar a pedir por un criado dos mil pesetas, después de haber gastado lo que llevara encima.

EMILIA.—¡Oh, eso ya es grave!

JUAN.—Comprendiéndolo así, he dispuesto para mañana una fiesta familiar con el pretexto de cumplirse el veinticinco aniversario de la apertura de la fábrica. He invitado a algunas personalidades y con el fin de que ya para mañana estén hechas las paces entre María y Agapito, he rogado a éste que venga a comer esta noche con nosotros a fin de ponernos de acuerdo. Vendrá con Federico, al que le he dicho que le traiga. Prevén a María para que la comida de esta noche sea de reconciliación. En cuanto a la definitiva liquidación de las relaciones de Agapito con esa señorita yo me encargaré de ello. Voy a vestirme. Hasta ahora. (*Mutis.*)

EMILIA (*Llamando al timbre.*)—Francisco. Que pongan dos cubiertos más en la mesa.

FRANC.—Bien, señora. (*Vase después de encender las luces.*)

MARÍA (*Entrando por la izquierda con Ana. Elegantes trajes de tarde.*)—No, Ana, no. No me alegro. Es una necedad tuya.

EMILIA.—¿Qué pasa, hijas mías? Venís sofocadas, encendidas... ¿Qué es?

ANA.—Figúrate, mamá, que hemos estado siendo toda la tarde las heroínas del te del Ritz. Mejor dicho, ésta.

MARÍA.—¡Volada es como he estado yo!

ANA.—Calla, hipócrita. Casi halagada.

EMILIA.—Pero, ¿qué es ello?

ANA.—Figúrate, que un periódico de esos de escándalo, que se lee ahora mucho entre la gente bien, ha publicado una información contando, muy fantaseado, claro está, todo lo ocurrido entre Agapito y Susana Torres.

MARÍA.—¡Ya ves qué vergüenza!

ANA.—¡Ah! Porque no sabes; esto es lo gordo. Susana Torres era amante del príncipe Roberto de Batracia, de ese Príncipe que ahora se ha venido a vivir a Madrid.

EMILIA.—¿De veras? ¿Nada menos que de ese Príncipe?

ANA.—Nada menos. Ya habrás leído, es el heredero del trono de su país, el día que se restablezca en él la monarquía. Es riquísimo, joven, guapo, con una historia interesantísima...

EMILIA.—¡Parece imposible!

ANA.—Agapito le quitó a Susana, y parece que el Príncipe estaba desesperado. Al enterarse de lo ocurrido el domingo, pues como fué un escándalo el que dimos tan grande, se hizo público, el Príncipe, deseoso de aprovechar la coyuntura, se ha venido a Madrid. No te creas que eso ha sido fácil. Ya sabes que hasta se discutió en el Congreso si debía o no debía aldmitírsele en España.

EMILIA.—¡Verdaderamente me asombráis!... ¡Agapito dando motivo a un conflicto diplomático!...

ANA.—Y esta hipócrita dice aún que no está orgullosa...

MARÍA.—Verdaderamente hay que confesar que esta tarde he sido la envidia de todas mis amigas... Pero he estado muy violenta, muy violenta. Además, que yo quiero a Agapito y todo esto...

MARÍA.—¿Pues y Agapito? ¡Qué éxito ha tenido!...

EMILIA.—Hijas, eso sí que me extraña.

MARÍA.—No sé por qué, mamá.

ANA.—Lo mismo fué presentarse en el Ritz, que verse rodeado de todas las mujeres. Chistes, alusiones, invitaciones... En fin, figúrate si habrá tenido éxito, y es para que ésta reviente de orgullo. La que vendía

papeletas le ha sacado más de tres mil pesetas. No ha habido ninguno, ninguno tan sableado como él. La de Robles, ni que decir tiene, como ya estaba enterada, porque está enterado todo Madrid, le ha comprometido para su fiesta. Quiere que venda retratos firmados.

MARÍA.—Eso sí que no lo tolero yo.

EMILIA.—Verdaderamente, hija mía, reconozco que es muy justo que tengas algunos celillos. Pero ya que todo ha pasado... Sí es para que estés orgullosa. Casi lo estoy yo. Un yerno así da cierta importancia a las familias.

ANA (*Sintiéndose humillada.*)—Mi Federico también ha hecho conquistas que se han comentado...

EMILIA.—Cierto, cierto... Pero no ha llegado a ser el predecesor de un Príncipe... A dar celos a una persona de sangre real... Casi a provocar un conflicto diplomático.

MARÍA.—Ahora todas mis amigas quieren que se le presente.

EMILIA.—¡Mira, mira Agapito, con su aspecto modesto!...

MARÍA.—Hay que reconocer que Susana Torres es muy guapa.

ANA.—Federico también ha tenido muy buen gusto.

EMILIA.—Hay que reconocer que es guapa y creo que de muy buena familia.

MARÍA.--Eso dice el periódico. No sé si será verdad, pero ella también es de sangre real...

EMILIA.—Es muy posible. Con estas mudanzas que ha habido en el mundo... ¡Y pensar que hace seis días sorprendimos a Agapito bañándose en su casa! ¡En casa de una Princesa!...

MARÍA.—El Príncipe la ha comprado un hotel en la Castellana.

EMILIA.—Bueno, María; comprenderás que no te conviene retrasar la reconciliación con Agapito...

MARÍA.—Mamá, yo pasado el primer momento de rabia, estaba dispuesta, pero como tú te oponías...

EMILIA.—No te lo niego. Pero todo viene a rodear a Agapito de... de una especie de aureola. No se podía pensar que fuese rival de un Príncipe. Se ha convertido en un hombre interesante. Esto hay que tenerlo en cuenta. Precisamente nosotros estamos un poco al margen del gran mundo tal vez por falta de un escándalo. La gente nos considera demasiado burgueses... Poco distinguidos... Más vale que el escándalo corra a cuenta de uno de los varones de la familia.

MARÍA.—¡Mamá!...

ANA.—Mi marido no dirás que no ha dado sus escándalos...

EMILIA.—Pero qué comparación tiene!... En fin, María, esta noche tendrás ocasión de reconciliarte con tu marido. Vendrá a comer

MARÍA (*Muy alegre.*)—¿De veras?

EMILIA.—Sí, hija, sí. Y mañana celebraremos una fiesta para que todo el mundo vea...

MARÍA.—De ahora en adelante ya le ataré yo muy cortito.

EMILIA.—Ahí creo que le tienes.

MARÍA.—No le quiero ver ahora. Estoy muy agitada. Voy a vestirme.

EMILIA.—Reconozcamos que tiene una figura muy interesante.

ANA.—No digas, al lado de Federico...

EMILIA.—Anda, hija, anda. A ponerte muy guapa y muy elegante, que tienes que competir con una que conquista Príncipes...

MARÍA.—¡De ahora en adelante!...

EMILIA.—No te apures por dinero. Te aumentaré la mensualidad que te paso para alfileres. (*Vanse las tres por la derecha.*)

FEDER. (*Tirando de Agapito, por la serre.*) Vamos, pasa. No hay nadie.

AGAP. (*Viene, como Federico, de smocking, pero parece otro hombre. Se ha recortado el bigote, va bien peinado, trae una flor en el ojal y parece más esbelto y distinguido.*)—Temo la primera acometida de mi suegra. Ya sabes cómo las gasta.

FEDER.—Yo me pondré en medio. Aquí la tienes. Mamá... Ha venido conmigo Agapito... Papá le ha invitado... El no se atrevía...

EMILIA.—¡Querido hijo! ¿Por qué ese temor? Esta es tu casa y en ella te esperamos con los brazos abiertos.

AGAP. (*Muy extrañado y desconfiadísimo.*)—Nunca me hubiera permitido...

EMILIA. — Vivimos con el mundo, hijo mío. Vamos. Ven a mis brazos. Yo sé hacerme cargo... (*Le abre los brazos.*)

AGAP. (*Yendo a abrazarla.*)—(¿Será una añagaza para arañarme?)

EMILIA.—Vamos, vamos. No te hagas con nosotros el tímido, el encogido... ¡Vaya con el picarón! (*Le arregla el lazo de la corbata y le saca la punta del pañuelo.*)

AGAP.—Mamá, yo la aseguro a usted...

EMILIA (*Muy sonriente.*)—No hablemos, no hablemos de lo pasado. Tendría que tener contigo una benevolencia que no está bien en una madre. Estás muy guapo con el bigote recortado... (*Federico y Agapito se miran asombradísimos.*) Voy a dar cuenta de tu llegada a papá y después te conduciré al lado de tu mujercita.

AGAP.—¿Usted cree que ella querrá?...

EMILIA.—¿No ha de querer? ¡Lo está deseando!... Si cuanto más pillos sois los hombres más os queremos. Pero cuidadito, ¿eh? Confío en la enmienda. Una vez... y siendo como ha sido, bien está. Pero como te envanezcas por el triunfo... (*Amenazándole cariñosamente.*) entonces te las tendrás que entender conmigo, ¡conquistador!

AGAP.—Mamá, yo...

EMILIA.—Vamos, vamos. Venga otro abrazo y no se hable más del asunto. (*Le abraza.*) Voy a ver a papá que se está vistiendo. (*Mutis por la derecha. Una pausa. Federico y Agapito se quedan mirando la puerta por donde desaparece doña Emilia y luego se contemplan mutuamente con el mayor asombro.*)

AGAP. — Bueno. Yo creo que esto es chunga.

FEDER.—Chico, mira que la conozco... Es otra. Te ha recibido como si vinieras de ganar la laureada en el Tercio extranjero.

AGAP.—Por eso te digo que me parece se está quedando conmigo.

FEDER.—Y ya has oído. Tu mujer está deseando reconciliarse. Eso no me extraña.

Te quiere, es buena y como te advertí, una infidelidad es una especie de aperitivo.

AGAP.—Es que a mí me pasa algo verdaderamente raro. He observado que las mujeres me miran, se interesan por mí. Me traen y me llevan. En el Ritz no hacían más que preguntarme, dirigirme indirectas. He recibido cartas. Claro que me huelo que es una broma.

FEDER.—¿Por qué, hombre? Estás de moda. Se ha comentado el escándalo...

AGAP.—¿Cómo que si se ha comentado? Lo sabe todo Madrid. ¡Si hasta me han dicho en el te de esta tarde que lo han publicado los periódicos en los ecos de sociedad.

FEDER.—No sé, chico, porque yo, la verdad, no me he atrevido a ir a ningún lado, y ya ves que no salgo de la fábrica. ¡Buena es la que me espera!

AGAP.—Y que te faltan ocho días justos para decir la verdad a tu mujer.

FEDER.—¿Y si ya que parece que a ti te lo han disculpado lo dejásemos así?... Si acaso, tú se lo decías a María pasado mucho tiempo.

AGAP.—¡Que no, hombre, que no! Bastantes malos ratos me has costado ya. No quiero más disgustos.

FEDER.—Pero, Agapito, si ahora estás en palmitas...

AGAP. — Bah. Tonterías. Que como por ahí y me tengo que vestir un poco más... y claro, como uno no es ningún espantajo... Además, que desde que me has aconsejado que me recorte el bigote es indudable que tengo más gancho.

FEDER. — ¡Dichoso tú!... Estoy rabioso. Con la otra dos meses de hacer el primo... Dinero y disgustos para nada...

AGAP.—Te advierto que eso nadie lo cree. Para todo el mundo que habéis tenido...

FEDER.—¡Caramba, pero es muy triste!... Si al menos me lo achacasen a mí... Luego la otra... Ya no tengo esperanza. La deliciosa aventura con la doctora se me ha escapado para siempre.

AGAP.—Me has prometido solemnemente la enmienda.

FEDER.—Sí. Me voy a enmendar. En Barcelona vida nueva. Te lo aseguro.

AGAP.—¡Vida nueva!... ¡Y tan nueva como la puedes hacer! Menudo momio tienes. Independencia dinero, los suegrecitos lejos... Te envidio.

FEDER.—Lo creo, chico, porque yo estoy más contento...

JUAN (*De smokin.*)—¡Ah! ¿Estás ya aquí, Agapito?

AGAP.—Buenas noches, papá. Le agradezco a usted de todo corazón...

JUAN. — Un momento. Despacio. Calma. No he contestado a tu saludo. Buenas noches. Buenas noches, Federico. (*Les da la mano.*) Ahora es a mí a quien toca agradeceros que hayáis aceptado mi invitación.

AGAP.—Era natural, papá.

JUAN.—Sentémonos. (*Coloca a Agapito en medio.*) Esta noche, querido Agapito, tendrás ocasión de reconciliarte con María. Ella, según me ha informado su madre, está propicia a ello.

AGAP.—Yo...

JUAN.—No me gusta que se me interrumpa. Habiendo previsto la indulgencia de mi hija o para forzarla si se hubiese presentado una insospechada resistencia, he comprado una joya para que se la regales. Esto siempre da buen resultado. Tengo la experiencia... Tengo la experiencia de varios amigos.

AGAP. (*Cogiendo una sortija que le ofrece don Juan.*)—¡Oh, es una sortija preciosa!... Tal vez muy cara.

JUAN. — Tres mil pesetas... Ya está pagada.

AGAP.—¡Papá!

JUAN.—Descontaré esa cantidad a fin de año de tus beneficios.

AGAP.—¡Papá! (*En otro tono.*)

FEDER (*Que está gozando mucho.*)—Muy justo.

AGAP. (*Bajo.*) — Esto lo tienes que pagar tú.

FEDER. (*Idem.*)—¡Hombre! ¿Tengo yo cara de tonto?

JUAN (*Que se pasea, se vuelve hacia Agapito.*)—Ahora deseo que definitivamente liquides tus amores con la señorita Susana Torres.

AGAP.—Yo creo que ya están liquidados...

JUAN. — No. Definitivamente. Y como es preciso que quedes a tu altura, de mi propio bolsillo voy a darte quince mil pesetas. (*Va hacia un "bureau" o bargueño y saca el dinero.*)

AGAP. (*Pasmado.*)—¿Qué?...

JUAN.—¿Te parece poco? Pongamos veinte. Añade tú si quieres cinco más.

AGAP.—Yo creo que no sea necesario...

FEDER. (*Bajo.*)—Toma el dinero y calla. (*Se aparta.*) Basta. Basta con esa cantidad.

AGAP.—Se lo agradezco a usted de todo corazón.

FEDER. (*Bajo.*)—Esas veinte mil pesetas me las darás a mí.

AGAP. (*Idem.*)—¡Hombre! ¿Tengo yo cara de tonto? (*Imitándole.*)

JUAN.—Tendrás la bondad de enviarle el dinero con una simple tarjeta de visita. Nada más.

AGAP.—(Le mandaré una simple tarjeta. Nada más.)

JUAN. — Sigamos. (*Vuelve al "bureau".*)

AGAP. (*Frotándose las manos con disimulo.*)—Sigamos. (*Se moja los dedos para coger los billetes que cuenta don Juan.*)

JUAN.—Ayer estuve tratando con la médica... Con la señorita Castellón, que ahora ocupa la casa...

FEDER.—(A ver, a ver.)

JUAN. — Te quedaría muy reconocido si evitases toda visita. Es preciso no dar motivo a murmuraciones. Que no te vea por allí. Ni a ti tampoco, Federico...

FEDER.—¡Yo estaré en Barcelona la semana que viene!...

JUAN.—Y con el fin de que ni uno ni otro tengáis que ir con el pretexto de los alquileres, he formalizado un trato con la médica.

FEDER.—¿Un trato?

JUAN.—Sí. Ella tiene algún dinero. La casa le conviene. El mobiliario también... Yo le he dado facilidades... Me ha pagado ade-

lantado seis meses del alquiler. A cuarenta duros, aquí tienes, mil doscientas pesetas...

AGAP.—Vengan. (*Se las guarda.*)

FEDER.—(¡Adiós mi dinero!)

JUAN.—Sigamos. (*Vuelve al "bureau".*)

AGAP. (*Como antes.*)—Sigamos.

JUAN.—Respecto al mobiliario, hemos convenido en que me dé diez mil pesetas en dos plazos. He percibido cinco mil del primero, que aquí tienes. (*Se las da.*)

FEDER.—Me parece muy poco dinero. Los muebles han costado mucho más.

JUAN.—En efecto, pero hay que tener en cuenta las circunstancias. Mejor es esto, que Agapito lo pierda todo...

AGAP.—Claro, claro. Sigamos. (*Don Juan va de nuevo hacia el "bureau", pero es para cerrarle.*)

JUAN.—¿Te parece que he arreglado bien el asunto?

AGAP.—¡Ya lo creo! Yo no esperaba sacar tanto...

FRANC. (*Por la derecha.*)—Señor...

JUAN.—¿Qué es?

FRANC.—El señor Marqués del Arsenal le llama al teléfono.

JUAN.—¿El señor Marqués del Arsenal?... ¡Oh! Es raro. Disculparme. (*Mutis por la derecha detrás del criado.*)

FEDER.—Bueno, tú, venga todo ese dinero.

AGAP.—¡Vamos!... ¡Ni lo sueñes!

FEDER.—¿Cómo?

AGAP.—Estos son mis honorarios. ¿Te parece poco por hacer una comedia durante quince días, tomar baños helados, indisponerse con la familia, estar seis días sólo en casa comiendo de restaurant?... ¿Y los gastos de representación? ¿Tú sabes lo que me ha costado esta tarde el te del Ritz?

FEDER.—Es que me parece un abuso...

AGAP.—Pues reclama. Dí toda la verdad y el dinero pasará a tu bolsillo.

FEDER.—¡Ah, pues en ese caso no le confesaré a mi mujer lo ocurrido cuando nos vayamos a Barcelona...

AGAP.—No me importa... Casi estoy por decirte que lo prefiero... Estoy viendo que me va al pelo en el papel de adúltero... Es que noto que hasta interiormente soy otro hombre. Tengo más confianza en mí mismo, más aplomo... Ahora es cuando puedes decir con justicia que Agapito se divierte...

FEDER.—Soy un borrico. Si no te hago a ti cargar con la aventura, todo ese dinero sería mío... Hubiera salido ganando, porque con las veinte mil pesetas de la ruptura... ¡Y encima tengo sobre mis costillas el segurito de vida!...

AGAP.—¡En cambio a mí me lo pagan!... No creía yo que era tan productivo el adulterio...

FEDER.—¡Ya te lo decía yo y aún te resistías, te tuve que obligar!

AGAP.—Pues ahora, en cuanto te veas en un apuro, no tienes más que decirlo. (*Aparecen* MARÍA *y* ANA *en la puerta de la derecha. Vienen ya vestidas para la comida.*)

ANA.—Ahí le tienes.

MARÍA.—No me atrevo...(*Ana hace una seña a Federico y éste pasa al lado de Ana dejando solo a Agapito. Este ve a María y se acerca tímidamente a ella. Ana se lleva a Federico.*)

AGAP.—María... No sé qué decirte...

MARÍA.—(¡Qué guapo está con el bigote cortado!)

AGAP.—Callas... Claro. Tu madre ha sabido disculpar, pero tú...

MARÍA.—Yo también te abro mis brazos, Agapito.

AGAP.—¡María!...

MARÍA. — Pero, dime. ¿me sigues queriendo?

AGAP.—No me preguntes eso. Algún día te probaré que como ahora no te he querido nunca...

MARÍA.—¡Quién se fía de tus palabras!... ¡Sabes engañar tan bien a las mujeres!...

AGAP.—¿Yo?... ¡Pobre de mí!...

MARÍA.—No te hagas el modesto... Quitas las amantes a los príncipes...

AGAP.—¿Qué locuras estás diciendo?

MARÍA.—Sí. Lo sabemos todos. Lo sabe todo el mundo... Le quitaste la mujer al príncipe Roberto...

AGAP.—Eso es una fantasía necia. No hablemos de ello. No hablemos de esa mujer, te lo ruego.

MARÍA.—¡Qué delicadeza la tuya!...

AGAP.—Te juro que entre esa mujer y yo no ha habido nada, nada que haya pasado de los límites de un flirt.

MARÍA.—No esperaba menos de tu caballerosidad.

AGAP.—Lo principal es que tú me perdones y esperes a que yo me justifique. Sólo te pido una tregua...

MARÍA.—De ahora en adelante no me separaré de ti.

AGAP. (*Alegre.*)—¿De veras?

MARÍA.—Irás conmigo a todos lados.

AGAP. — Como antes no querías que te acompañara a tus visitas, a tus reuniones de amigas...

MARÍA.—Pues he cambiado de parecer.

AGAP.—¿Sí? ¡Cuánto me alegra! Me parecía hasta que te avergonzabas de mí. Que temías que tus amigas te criticasen por haberte casado conmigo...

MARÍA.—No. No me avergüenzo de ti. Por el contrario, estoy muy orgullosa. Y mis amigas no me critican. Me envidian.

AGAP.—(¿Será todo esto por haberme cortado el bigote?)

JUAN (*Muy nervioso.*)—Tenéis que perdonar que os interrumpa, hijos míos. María, ten la bondad de dejarnos solos un momento.

MARÍA.—Sí, papá. Adiós. Aga... (*Mutis por el foro, mirando muy tiernamente a su marido.*)

JUAN.—El Marqués del Arsenal acaba de salir del Senado para venir aquí. Me ha llamado para decirme que tiene que comunicarme algo que no podía decir por teléfono...

AGAP.—¿Y qué le importa a usted el Marqués?

JUAN.—¿Cómo no? El puesto que ocupa en el Gobierno... Su influencia en Palacio... Es presidente de la Liga de Moralidad con cuya vicepresidencia me honro... Seguramente vendrá a decirme que con tales yernos no soy el hombre indicado para ostentar un cargo en una asociación tan severa...

¿Cómo puedo yo alegar que trabajo en pro de la moralidad si en el seno de mi propia familia la inmoralidad celebra sus más ruidosos triunfos?

AGAP.—Pero, papá...

JUAN.—Hay para que me indigne. ¿Qué moralidad es la vuestra? El primer deber de todo marido es guardar la fidelidad jurada. Vedme a mí. Yo nunca me he dejado coger... Pero. por culpa vuestra, perderé mis cargos honoríficos, y yo, que tengo la suerte de gozar popularidad, no me sentaré nunca en la Cámara...

FRANC. — El señor Marqués del Arsenal desea ser recibido por el señor.

JUAN.—Retírate. Retírate por ahí, por el jardín. Deprisa. Que pase el señor Marqués... ¡Oh, este enojoso asunto no va a terminar nunca!...

MARQUÉS—Señor Villaverde...

JUAN.—¡Oh, Marqués!...

MARQUÉS.—Perdonará usted la hora intempestiva de la visita. La sesión en el Congreso fué muy agitada. Luego tuve que ir al Senado... Pero, como lo que tengo que decirle es importante no he querido aplazarlo...

JUAN.—Si me hiciese el favor de tomar asiento...

MARQUÉS.—¿No estuvo usted ayer en la sesión extraordinaria de la Liga de Moralidad?

JUAN.—(¡Ya está!) No... Yo...

MARQUÉS. — Disculpado. Disculpado. Yo estuve sólo un momento... Es enojoso, enojoso. Es enojoso. Pero hay que trabajar por la moralidad... Ahora, que faltando el tiempo... Faltando el tiempo para ocuparse... Ciertos cargos precisan de una atención especial...

JUAN.—(¡Qué manera más delicada de facilitarme la dimisión!)

MARQUÉS.—En estos tiempos falta el tiempo para todo...

JUAN.—Sí. Unas veces los negocios, otras la política. Los hijos, los yernos...

MARQUÉS.—Apropósito de yernos. Disculpe usted, señor Villaverde, si le interrumpo, pero quisiera hablarle a usted...

JUAN.—(¡Ya está!) Diga, diga, señor presidente.

MARQUÉS.—¿Para qué andar con rodeos? He venido precisamente a eso. (*Don Juan suspira.*) Mi misión no es nada agradable...

JUAN.—Dígalo usted sin ceremonias. (*Resignado.*)

MARQUÉS.—Se trata del príncipe Roberto, nuestro huésped...

JUAN.—Comprendo, comprendo.

MARQUÉS.—No vengo por encargo suyo, entiéndase... El príncipe está en una edad crítica... Las mujeres españolas le atraen... En una palabra. El príncipe Roberto se ha enamorado. Se ha enamorado seriamente.

JUAN.—Bien. Lo que no veo es la relación entre mis yernos, el príncipe, la...

MARQUÉS.—Lo entenderá usted con que le diga tan sólo el nombre de la mujer que ha cautivado el corazón del príncipe. Es la señorita Susana Torres.

JUAN.—Debo advertirle, señor presidente, que las relaciones de mi yerno con esa señorita, han quedado cortadas radicalmente...

MARQUÉS.—Lo sé. Lo sé. Sí, señor. Lo sé. También sé que esas relaciones no han pasado de un inocente flirt...

JUAN.—Le diré a usted...

MARQUÉS.—No pueden haber pasado de un inocente flirt. ¿Me comprende usted, señor Villaverde? No es lógico. No es lógico que su yerno dispute amantes al príncipe Roberto... Debe ser, como ha sido todo, lo contrario.

JUAN.—Exacto. Exacto.

MARQUÉS.—Voy a pasar a la parte delicada de mi misión... El príncipe está celoso... Se comprende... A su edad... Como se trata de su señor yerno, no es posible justificar una ausencia de Madrid del antiguo amante de la señorita Susana Torres... Del príncipe, tampoco es discreto pensar en que se traslade a otra población, acto que, por otra parte, resultaría humillante en cierto modo.

JUAN.—De forma que el príncipe quisiera que mi yerno... (*Ademán de marcharse.*)

MARQUÉS.—¡Oh, el príncipe no sabe nada! Pero nuestro deber...

JUAN.—Sí, sí. No dejo de comprender que es muy conveniente que mi yerno se ausente de Madrid.

MARQUÉS. — Claro está que voluntariamente.

JUAN.—Desde luego.

MARQUÉS. — Le quedamos muy reconocido. lo mismo que a su señor yerno, por este sacrificio que compensaremos... Apropósito. También me guiaba a esta casa otro objeto. Hace mucho tiempo que pensamos en usted para el Senado. Nos hacen falta allí altos representantes de la industria. Hay vacantes tres senadurías vitalicias y tengo el honor de ofrecerle una de ellas.

JUAN.—¡Marqués, tanto honor!... Realmente yo no merezco...

MARQUÉS.—Se recuerdan, se recuerdan sus campañas en el Congreso, sus conferencias comerciales... Mañana mismo se hará el nombramiento. (*Se levanta.*) No quiero entretenerle más. Mis respetos a la señora. Mis saludos cariñosos a su yerno... (*Yendo hacia la puerta acompañado de don Juan.*) No deje de asistir a la próxima sesión de la Liga de Moralidad. Hay que tomar determinaciones de cierta energía... (*Vanse por la izquierda.*)

FEDER. (*Por la serre, con Agapito.*)—Ya se ha marchado.

AGAP.—Verás cómo es un nuevo lío.

FEDER.—Yo te sacaré de él.

AGAP.—¿Tú? No te metas en nada.

EMILIA (*Por la derecha, con Ana y María.*)—¿No sabéis que el marqués del Arsenal ha venido a ver a papá? ¿Qué podrá ser?

JUAN (*Entra radiante.*)—Hola, hijos míos

MARÍA.—¿Qué te quería?

JUAN.—Nada... Venía sencillamente a rogarme que aceptase una senaduría vitalicia.

EMILIA.—¡Juan!

ANA.—¡Papá!

MARÍA.—¡Oh, qué bien!

FEDER.—Enhorabuena.

AGAP.—Enhorabuena, papá.

JUAN.—Ya sabes que a mí no me gusta mezclarme en política. Mis negocios exigen mucho tiempo.

AGAP.—¿Y no ha aceptado usted?

JUAN.—Me he sacrificado por los intereses del partido. Ahora admito vuestras felicitaciones. Emilia, un beso. Hijas mías, mis brazos... ¡Federico!... (*Después de abrazar a todos.*) Pero; ¿dónde está Agapito?

AGAP. (*Que se ha retirado al foro.*)—Aquí, papá.

JUAN.—¡A ti debía haber abrazado el primero!

AGAP.—¿A mí?

JUAN.—Sí, hijo. He sido elevado al cargo de senador por mis trabajos industriales, por mis desvelos en pro de la moralidad; pero el asunto tuyo, que dicho sea de paso, he liquidado del modo más diplomático, ha dado motivo a la visita del marqués... Ha sido el pretexto, digámoslo así, para premiar mis merecimientos. Espero, Agapito, que tendré motivos para estar satisfecho de ti.

AGAP.—No lo dude usted.

JUAN.—Lo que lamento es que tengas que separarte de nuestro lado.

AGAP.—¿Separarme?

MARÍA.—¿Cómo, papá?

JUAN.—He pensado que de modo alguno puedes continuar viviendo en Madrid. Se comentaría, serías continuamente objeto de alusiones, de malsanas curiosidades... María tal vez sienta celos... Mi deber es procurar por vuestra felicidad.

MARÍA.—¡Qué bueno eres, papá!

EMILIA.—¡Y qué grande!

JUAN.—No he terminado. Decía que no puedes continuar viviendo en Madrid y he decidido, en vista de ello, que, en vez de Federico, seas tú el que vaya a ponerse al frente de nuestra sucursal de Barcelona.

FEDER.—¡Eso si que no!

AGAP. (*Disimulando muy mal su regocijo.*)—Oh, papá. A Barcelona. No verles a ustedes... Me duele mucho... Pero, acepto. Acepto sacrificándome como usted al aceptar la senaduría.

FEDER.—¡Esto es demasiado!

JUAN.—¿Qué te sucede a ti?

FEDER.—Que no puedo consentir lo que aquí sucede. Podéis pensar de mí lo que queráis; pero es preciso que yo hable. Papá... Querida Ana, Agapito es inocente. No ha tenido que ver lo más mínimo con Susana Torres... Yo he sido, dejadme acabar. Yo he sido el que puse la casa, valiéndome de la cédula de Agapito, usando su nombre...

AGAP.—Eso...

FEDER.—Déjame acabar. Había pedido a Agapito de rodillas que cargase con la culpa, porque temía el enojo de Ana. El es inocente. Ya os lo dijo inculpándome. Yo soy el infiel. Yo debo marcharme de Madrid y él quedarse en el seno de vuestra familia.

AGAP.—¡Eso es mentira!... El culpable soy yo y sólo yo. Ya os habéis convencido sobradamente.

JUAN (*Conmovido.*)—¡Federico, hijo mío, ven a mis brazos!

FEDER. (*Resistiéndose.*)—Papá...

JUAN.—Tu rasgo es generoso. Tu impulso nobilísimo. Quieres sacrificarte por tu cuñado...

AGAP.—Pero yo no puedo consentir tal sacrificio...

JUAN.—No he terminado. Quieres sacrificarte para que tu cuñado no se separe de nosotros...

FEDER. (*Dejándose caer desesperado en una silla.*)—¡No, papá, créeme!...

JUAN.—Agapito, abraza a tu generoso hermano.

AGAP.—Mis brazos, Federico...

FEDER.—¡Déjame en paz!

EMILIA.—Federico, eres un noble carácter. Un verdadero hidalgo. (*Le besa.*)

FEDER.—Agapito, (*De rodillas.*) te pido de rodillas que digas que yo soy el culpable. El único culpable...

AGAP.—No puedo aceptar tu sacrificio.

FEDER.—¡Ah!...

AGAP.—Mucho te debo... No puedo deberte más. Ya hemos visto de lo que es capaz un amigo sacrificándose por otro. Deja que sean mías las consecuencias de este extravío. No te prives tú de ver a diario a nuestros queridísimos padres. Lo que me sucede lo tengo bien merecido. Me lo he ganado. Me lo he ganado, Federico.

JUAN.—Muy bien, Agapito.

AGAP.—Gracias.

FRANC.—El señor marqués del Arsenal acaba de enviar este sobre y este paquete.

JUAN.—A ver...

FRANC.—Es para el señorito Agapito. (*Se lo entrega.*)

AGAP.—¿Para mí?

MARÍA.—Abre la carta.

JUAN.—Abre el estuche... (*Cada uno le quita una cosa y rompen las envolturas rápidamente.*)

MARÍA (*Leyendo.*)—"En mi visita a su señor padre político, se me olvidó decirle que el Gobierno, deseoso de premiar sus grandes méritos, se ha dignado concederle la Cruz del Mérito mercantil. Mañana se publicará el oportuno nombramiento, y en tanto me adelanto a comunicárselo; rogándole acepte como obsequio personal las insignias... Suyo afectísimo..."

JUAN.—Ved aquí la cruz.

ANA.—¡Condecorado!

EMILIA.—¡Una gran cruz!

MARÍA.—¡Lo que van a rabiar mis amigas!...

JUAN (*Prendiéndole la cruz.*)—Al mérito, su premio. Este es el lema de la condecoración.

AGAP.—Acepto tan honrosa distinción. Creo merecer la gran Cruz del Mérito mercantil, porque indudablemente soy un águila para los negocios... ¿Verdad, Federico? (*Se pavonea ostentando la cruz.*) (*Telón rápido.*)

FIN DE LA OBRA

Antonio Fernández Lepina

Imp. de ALREDEDOR DEL MUNDO, Martín de los Heros, 65.



Puede ser vencida INTEGRA[illegible]
su enfermedad de
ESTOMAGO-HIGADO O INTESTINOS

NEUTRÁCIDO

EUTRÁCIDO ESPAÑOL realizará de modo permanente su ansiada curación.
O CONTIENE los nocivos Bicarbonatos, Bismutos, Magnesias ni Cálmantes.

S UN REMEDIO seriamente científico que a diario realiza prodigios curativos.
S FORMULADO por la clase médica que testifica y garantiza sus méritos.

NICO EN EL MUNDO por su eficacia y original composición (azufre, calcio y carbono coloidales).
N SOLC FRASCO determina, muchas veces, curaciones extraordinarias.

IENE el mérito excepcional de *curar* asi el *exceso* como la *falta* de ácidos.

EGENERA el poder digestivo en absoluto permitiendo en breve plazo comer *de todo.*
EGULA el funcionalismo intestinal suprimiendo prontamente el *estreñimiento.*

SEGURA durante el tratamiento la posibilidad de suprimir el régimen *lácteo.*

ONQUISTÓ un gran premio del Jurado Médico de la Exposición de Higiene de 1919.
ARECE en absoluto de sabor y es completamente *inofensivo.*

NCOMPARABLEMENTE más barato que otros productos análagos porque
NFUNDE a todo el aparato digestivo plena salud con breve tratamiento.

OCTORES españoles y alemanes, especialistas, han recomendado con vivísimo interés a los más notables Profesores de la facultad de Berlín el uso y estudio clínico del Neutrácido Español.
BRARA V. acertadamente iniciando hoy mismo su tratamiento con este sin igual remedio que vencerá rápidamente su padecimiento digestivo por grave o antiguo que sea.

Frasco: 6 pesetas.

ESPAÑOL

Solicite usted del concesionario exclusivo, D. José Marín Galán, Arjona, 4 Sevilla, un notabilísimo y lujoso folleto que le será remitido gratuitamente.